

Un vikingo contra los dioses

Daven el Cuervo

Manuel Criba



Daven el Cuervo

T.L,

Manuel Criba

Índice

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

Capítulo I

El mundo se creó a partir del cadáver del gigante Ymir. De su cuerpo se formó el suelo; de sus huesos, las cadenas montañosas; y de sus cabellos, la hierba y los árboles.

Los árboles. Abro los ojos y no veo más que árboles. Por un momento había regresado a mi niñez, cuando nuestra madre nos contaba a mis hermanos y a mí el origen del mundo. Pero ahora estoy en la realidad. Me hallo oculto entre la maleza del bosque del Desfiladero, el lugar al que hemos venido a morir docena y media de desgraciados.

Levanto la cabeza por encima del matorral que tengo delante y observo a los *hombres azules* que llenan la llanura más allá del bosque. No paran de entonar esas canciones estúpidas sobre lo que van a hacer con nuestros cuerpos cuando nos echen mano. No me va a importar si, como dicen, queman mi cadáver o lo desmiembran y se lo dan de comer a los buitres, pero en la última canción hablan de darnos por el culo, y eso sí que me va a sentar mal.

El chico que está sentado a mi lado los escucha en silencio. No puede ocultar el miedo en su rostro. Debe de tener unos quince o dieciséis años y es su primera batalla. Yo no tengo muchos más, veintitrés creo, aunque no los cuento, y casi treinta combates a mis espaldas. Soy un veterano. A estas alturas ya me he hecho un nombre entre nuestros enemigos. Supongo que querrán exhibir la cabeza de Daven el Cuervo por sus aldeas. No me importará. Cualquier cosa menos que me den por el culo.

—Tranquilo —le digo al chico—, si luchas con honor no hay nada que temer. Tu valquiria te llevará al Valhalla.

Él asiente, pero la cara de miedo no se le quita.

Esta batalla no tenía que haberse desarrollado como lo está haciendo. El plan era sorprender al *jarl* Jorgen y a sus hombres en su aldea y hacerlos huir hacia las montañas para después cazarlos como a conejos. Pero en vez de eso, fuimos nosotros los sorprendidos. Jorgen se trajo en secreto a los *hombres azules* del otro lado del mar y nos dio una buena paliza.

Nos refugiamos en el bosque pensando que así las fuerzas se equilibrarían, pero nuestros cálculos eran demasiado optimistas. Ellos son un par de centenares y nosotros hemos perdido a más de la mitad. Ahora debemos de ser unos diecisiete o dieciocho agazapados entre la maleza.

A unos pasos a mi derecha se encuentra nuestro *jarl*, Sven. Está herido en la espalda. Un hachazo con muy mala pinta. Tiene sangre en sus bigotes blancos y justo encima de la ceja y el cansancio reflejado en sus ojos. Parece desear que todo acabe cuanto antes y que lo atravesara una espada para morir de una vez como un guerrero. Eso lo libraría de acabar en el Reino de los Muertos y podrá alcanzar el Valhalla, donde viviremos una juerga perpetua hasta el fin de los tiempos. En estos momentos es lo único que nos preocupa.

—¡Flechas! —grita alguien a mi espalda.

Más por rutina que por miedo, todos levantamos nuestros escudos en un gesto automático y nos cubrimos la cabeza. De pronto, oímos como se acercan los silbidos y varias decenas de saetas se clavan en la tierra a nuestro alrededor. Una de ellas atraviesa mi escudo y me enseña la punta de

hierro. Estuvo cerca.

—¡Aaah! ¡Cabrones! —se queja alguien.

Levanto la cabeza y veo a Olaf Cuatro Dedos con una flecha saliendo de su muslo. La lluvia mortal ha cesado y el gigantón Asbjörn se dirige hacia él con decisión.

—Espera, espera... —implora Olaf, pero Asbjörn ya ha echado mano de la flecha y tira con fuerza de ella. Un chorro de sangre brota de la pierna de Olaf mientras este se desgañita entre insultos de toda índole al gigantón. Si alguien hablara así de mi madre...

De pronto, al final de la vegetación, en la llanura, los *hombres azules* empiezan a moverse. Avanzan despacio con espadas y hachas en las manos y se protegen con sus escudos. Por encima de estos asoman sus caras teñidas de azul que escrutan la penumbra del bosque en el que se van adentrando poco a poco.

Noto la respiración del muchacho apostado a mi lado. Su padre era Egil, un buen amigo. Murió en la aldea cuando nos sorprendieron los azules. No recuerdo el nombre del chico.

—¿Podremos con ellos? —pregunta con timidez.

—Claro —miento.

El *jarl* Sven se pone de pie con la espada en alto y todos sus desgraciados le imitamos. Entonces los *hombres azules* se detienen. Empiezan a gritar y a golpear los escudos con sus armas. Nosotros no nos quedamos atrás y hacemos lo mismo. Pura bravuconería. El ruido hace huir a los pájaros que se escondían entre las ramas de los árboles.

Y entonces se lanzan contra nosotros. Comienzan a correr entre berridos y saltan los matorrales y se nos echan encima. A mi lado, dos bestias caen sobre el chico, que levanta su espada para protegerse. Se le quiebra la muñeca y un hacha le abre el cráneo en dos. Ha tenido suerte, una muerte rápida.

A mí me ataca un animal con una espada enorme en alto y, al hacerlo, me muestra su vientre de tal forma que parece que lleva un cartel que dice: «pincha aquí». Es justo lo que hago. Lo atravieso hasta que la punta de mi acero asoma por su espalda y el tipo cae al suelo, arroja su arma y se agarra las tripas chillando como un loco. Cuando voy a rematarlo se me acercan otros dos azules, uno pelirrojo y el otro rubio, y comienzan a atosigarme con sus hachas. Mala suerte para el caído. Va a agonizar durante un buen rato.

La hoja del hacha del pelirrojo me pasa cerca de la cara. Doy un paso atrás y luego me agacho cuando veo que el rubio también suelta un mandoble. Yo ataco sin mirar y noto como he dado con algo. Al levantar la vista veo que el pelirrojo tiene la cara abierta en dos. La herida le dibuja una boca gigantesca que parece sonreír sin descanso, pero el tipo no se arredra. Sigue empujando, aunque casi puedo verle el cerebro a través del agujero. Sabe que si se acobarda está muerto, aunque quizá lo esté de todos modos.

Comienzo a retroceder interponiendo mi escudo ante sus hachas. Mi espada me pesa cada vez más. Ahora se añade un tercero a mi lucha, un tipo bajito y barrigón. Deben de haber caído ya unos cuantos de los nuestros y la lucha está peor repartida. Este último no tiene hacha, sino una espada larga y fina que en sus manos enormes parece una aguja. El cabrón me ataca las piernas mientras las hachas golpean mi escudo. Me pincha los muslos una y otra vez y noto la sangre

descendiendo por mis pantorrillas. No creo que pueda aguantar mucho, pero al menos a este hijo de puta me gustaría llevármelo por delante.

Les arrojo el escudo a los de las hachas y aprovecho su distracción para avanzar veloz contra el barrigón. No se espera mi maniobra. Me mira sorprendido mientras, con un movimiento circular de mi espada, le corto la cabeza. Misión cumplida.

Pero la batalla no ha terminado, aunque está a punto de hacerlo, al menos para mí. Antes de darme la vuelta ya he recibido el primer hachazo en mitad de la espalda. Luego resisto el embate de los dos azules con un dolor enorme entre los hombros y en las piernas. A mi derecha, veo que se acercan tres tipos que, aunque sonrían, no parecen muy simpáticos. Recibo sus golpes contra mi arma, retrocedo, resbalo y caigo bocarriba. Un hachazo me abre el pecho en dos y luego vienen algunos más, pero sorprendentemente no siento ningún dolor. Lo último que veo es una hoja afilada que se dirige a toda prisa hacia mi cara.

Brynhinldr entra en la habitación y se sienta en el triclinio que hay junto a la pared a observar cómo su amiga peina sus cabellos dorados. A través de la superficie bruñida de plata que le hace de espejo, Mist no le quita ojo. Parece cansada y Brynhinldr duda si contarle aquello de lo que se ha enterado.

—¿Ya estás lista? —le pregunta Mist—. Dicen que la matanza en el Bosque del Desfiladero es de las que se recordará. Skuld ya debe de haber elegido a los héroes, tenemos que darnos prisa.

Brynhinldr no contesta. Desvía su mirada hacia el exterior a través de la ventana y suspira.

—¿Has rechazado a Loki? —dice al fin.

—¿Eso es lo que te preocupa? —responde Mist—. ¿Por eso estás tan callada? Claro que lo he rechazado. ¡Es Loki! Si cree que una valquiria perdería la cabeza por él, es que está peor de lo que todos piensan.

—Ya.

—No te preocupes, pronto se fijará en otra y se olvidará de mí.

—He oído algo.

Ahora es Mist la que parece preocupada. La mira fijamente y le pregunta:

—¿Qué has oído?

—Ha intentado comprarte.

—¿Comprarme? ¿De qué hablas?

—Le ha propuesto un trato a Odín. Le ha ofrecido una lanza de oro capaz de recorrer cientos de leguas hasta clavarse en el corazón de sus víctimas.

—Una valquiria por una lanza. ¿Qué ha dicho Odín?

—No ha dicho que no.

Mist permanece en silencio, se queda pensativa invitando a Brynhinldr a que prosiga.

—Freyja estaba allí, fue ella la que te defendió.

—¿Cómo sabes tú todo esto?

—Los oí por casualidad y me oculté para escucharlos mejor.

—¿Qué ocurrió después?

—Odín despidió a Loki y se quedó a solas con Freyja. Le dijo que venderte podría ser la solución.

—¿La solución a qué?

Brynhinldr se encoje de hombros.

—No lo sé, pero quédate tranquila, la diosa Freyja no va a permitir que te vendan como si fueras una vulgar esclava.

—¿No?

—¡Claro que no! Somos valkirias y ella es nuestra reina. Tenemos un deber sagrado en Asgard. Ni siquiera Loki, con sus caprichos, puede olvidar eso.

—¿Has leído alguna vez las descripciones que hacen los hombres de nosotras en las runas? — Brynhinldr niega con la cabeza—. Llevamos a los héroes al Valhalla, los colmamos de hidromiel, restañamos sus heridas y atendemos sus necesidades.

—Una descripción muy acertada. Es lo que hacemos.

—¿Atender sus necesidades? —responde Mist indignada—. ¡Nos dejamos follar! Eso es lo que hacemos. Para los dioses no somos más que putas. Tan solo nos han dado un nombre rimbombante para que no nos quejemos. Si le conviene, Odín me venderá y luego Freyja se quejará, pero no hará nada más.

Se hace un silencio tenso. Brynhinldr se ha quedado pensando en las palabras de Mist y no se atreve a rebatírselas. Nunca se había visto a sí misma de esa forma, pero sabe que su amiga dice la verdad.

—¿Sabes lo que me gustaría? —pregunta Mist con un hilo de voz.

—¿Qué?

—Poder elegir yo, aunque solo sea una vez. Escoger yo al héroe con el que follar.

Hel se pasea por la habitación. Dibuja con su dedo índice una línea recta en el polvo de la mesa y luego observa el lugar. Le parece lo suficientemente inhóspito como para que alguien como ella se encuentre cómodo.

Hay un espejo en el centro de la estancia en el que a la joven no le importa mirarse. No le resulta desagradable su lado muerto. A todos les repugnaba el aspecto de Hel, aunque también sienten cierta atracción. La mitad izquierda de su cuerpo es la de un cadáver en descomposición, con la piel grisácea y llena de pústulas y el olor nauseabundo de los muertos. Su mitad derecha, en cambio, pertenece a una mujer bella, de pelo castaño y ondulado, y una mirada limpia y

acogedora. El contraste resulta bastante turbador, incluso para la muchacha que la observa desde su rincón.

Hel es la diosa de la muerte. Gobierna el inframundo con mano de hierro y no permite que la vida se abra paso en sus dominios. No acepta que ningún vivo se le acerque hasta que le haya llegado la hora. Pero aquella joven es distinta.

Levanta la vista hacia ella por primera vez y la mira con detenimiento. Se aproxima despacio y se fija en su piel blanca y suave. Trata de encontrar las costuras en el cuello y en los antebrazos, pero no ve nada.

—Es un trabajo excelente —dice.

—Es obra de los enanos —responde la joven.

—¿Y la voz?

—El disfraz se ocupa de todo. Parezco una muchacha al ciento por ciento.

La joven acerca sus dedos a sus propios párpados y tira de ellos de una forma sobrehumana, casi con crueldad. Hel frunce el ceño al verla y después se lleva las manos a la boca para tapar una mueca de asombro.

—El disfraz se retira por los ojos. ¡Magnífico!

—Así es.

En un momento, toda la piel y las ropas y el pelo han sido apartados del cuerpo de aquel hombre alto que ahora sonríe satisfecho.

—¿Qué te parece? Vuelvo a ser Loki.

Hel mantiene la boca abierta.

—Asombroso —musita—. Nunca dejas de sorprenderme, padre.

Loki coloca el disfraz sobre el respaldo de una silla polvorienta. Lo deposita con delicadeza y alisa las posibles arrugas con las manos.

—¿Qué hacemos aquí? —inquire Hel.

Loki mira a su hija con una expresión apesadumbrada. Hel sabe que la va a sorprender de nuevo, pero su cara le dice que la sorpresa no será agradable.

—La he encontrado —comenta su padre.

Hel no sabe que decir. Después de varias semanas preocupada por Elin, aquella es una idea que no le cabe en la cabeza. ¿Loki la ha encontrado? Ni siquiera sabía que la estaba buscando. Tiene mil preguntas que hacer, pero es incapaz de pronunciar ni siquiera una. Entonces, se le ocurre la única que realmente es importante:

—¿Está viva?

—Sí —responde Loki.

La alegría se abre paso en su interior. Siente su corazón latir de nuevo e incluso le cuesta respirar.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Hel contempla la estancia y el pequeño pasillo que se adentra en la oscuridad. Allí debe de haber un par de cuartos. ¿Está en uno de ellos? Hel se lanza a la carrera para encontrarla.

—¡Espera! —exclama Loki a su espalda, pero ella no le hace caso—. Tengo que explicarte algo antes.

Abre la primera puerta y encuentra la habitación vacía y llena de trastos viejos, pero, al abrir la segunda, el tiempo parece congelarse a su alrededor y con él su propio cuerpo. Mira a Elin y no puede creer lo que ve. Le cuesta un esfuerzo infinito acercarse a la silla en que se halla sentada. Unos simples pasos y parece que tarda años en recorrerlos. La toma entonces de la mano y llora sobre su piel de la forma más desconsolada en la que lo ha hecho nunca. Jamás ha sentido un dolor como aquél.

—¿Qué te han hecho? —dice sin atreverse a mirar las cuencas vacías de sus ojos—. ¿Qué te han hecho?

Llora durante un largo rato sentada en el suelo y con la cabeza apoyada en el regazo de su amada. Cuando ya no le quedan lágrimas, Hel se mantiene en silencio junto a la silla. Le acaricia la mano suavemente y comienza a cantar la dulce canción que ella misma le enseñó cuando aún podía verla.

—No puede oírte —dice Loki.

Hel lo mira con furia. Solo su padre sabe cuánto odio puede albergar aquel cuerpo mitad vivo y mitad muerto.

—¿Quién le ha hecho esto? —espeta.

—Freyja —responde Loki fríamente. ¿Para que andarse con rodeos?

—¿Freyja? ¿Por qué? ¿Cómo ha sido capaz de ejercer tanta maldad?

—Es lo que hacen los dioses: castigar a los humanos. En esa cabeza cuadrículada que tienen, no les cabe que un ser como tu pueda enamorarse de una mujer y que esta le corresponda.

—Conseguiré la cabeza de Freyja. Pagaré por esto.

Hel mira de nuevo el rostro de Elin. Mueve los labios como si tratara de decir algo, pero de su boca no sale ningún sonido. Hel acerca su oreja sin poder oír nada.

—Tampoco puede hablar —dice Loki—. Ni ver ni oír ni hablar. Ese fue el castigo.

—La mataré.

—No puedes. Es una diosa, es intocable para ti. A menos que...

—¿A menos que qué?

—Le he dado muchas vueltas —responde Loki mirando a su hija a los ojos. También a él le repugna la mitad muerta de su cara, pero sabe disimularlo—. Creo que hay un modo de que tú obtengas lo que deseas si yo también consigo algo.

—¿Ni siquiera a tu hija le harías un favor sin obtener nada a cambio?

—Estoy enamorado de una valkiria —responde Loki obviando la pregunta—. Si me la consigues, yo te podré entregar a Freyja.

—Ya. ¿Y se te ha ocurrido cómo demonios te voy a conseguir yo a una valkiria?

—Tengo una idea que puede funcionar.

Loki le entrega un papel a Hel.

—¿Qué es esto?

—Es la transcripción de una vieja profecía tallada en unas piedras en Viken. *En el Desfiladero, una valkiria y un cuervo se enamorarán. Ese amor, por sí mismo, derrumbará los muros de Asgard y por sus grietas entrará el dios crucificado.*

—¿El dios crucificado? ¿Quién es ese?

—No tengo ni idea. Tampoco me importa demasiado si obtengo a mi valkiria.

—Pero aquí dice que se enamorará de un cuervo. No veo que tengas muchas plumas.

—Ha habido una batalla en el Bosque del Desfiladero. Allí ha muerto un tipo al que llaman Daven el Cuervo.

—¿Cómo sabes que es tu valkiria la que se enamorará de ese Cuervo?

—Odín ha cambiado los nombres. A Mist le correspondía llevar al Valhalla a Daven el Cuervo, pero el tuerto le ha adjudicado a un tipo llamado Bjorn Tres Piernas. Está obsesionado con la profecía, lo ha hecho por eso.

—¿Para qué quieres una valkiria enamorada de otro?

—Eso me da igual. Mientras esté en mi poder... Con el tiempo, se acabará olvidando de ese Cuervo.

—¿Y cómo entro yo en esto?

—Cuando todo se complique, que lo hará, Odín te pedirá su ayuda. Yo me encargaré de que Freyja caiga en tus manos y pague por lo que le ha hecho a Elin. Para que funcione, debes hacer todo lo que te diga.

Me despierto medio sumergido en un charco de lodo y sangre. Las moscas han acudido al festín y un zumbido molesto cubre todos los sonidos del bosque. Al levantarme, me duelen los huesos. Veo una roca plana a mi lado y me siento en ella. Me causa cierta repulsión ver mi cadáver allí tirado, frente a mí, con la cabeza abierta y cubierto de sangre. Los tatuajes de mi pecho casi no se ven por las heridas y el fango. Es una pena. ¡Con lo que me costaron!

En este momento me acuerdo de Hemsie y del hijo mío que lleva en su vientre. Ojalá le ponga mi nombre, aunque, ahora que lo pienso, no querrá que un pequeño Daven mame de sus pechos cuando se entere de que Seren ha parido a otro Daven en Nalheim. Debí de hacer caso a mi madre cuando me decía que me buscara una buena mujer y le fuera fiel. Lo de «una» es lo que no terminaba de convencerme.

Un ruido me saca de mis pensamientos. Alguien parece estar moviendo unos matorrales al otro lado del claro. Lo oigo abrirse paso entre la maleza y una figura alta y fuerte aparece en la penumbra del bosque. Me cuesta distinguirlo, así que me agacho hacia mi cadáver y recojo mi espada, por si acaso. Sin embargo, en ese momento reconozco la sonrisa bonachona en la cara ancha de Bjorn Tres Piernas. Le llamamos así porque tiene una polla diminuta. Ya sabéis, ironía. Como cuando a Berd se le empezó a conocer como el Guapo a pesar de que no conserva ni un solo diente blanco dentro de su boca. Humor vikingo. Tan básico como nosotros. Os recuerdo que seguimos bebiendo en cuernos mientras la Europa avanzada hace siglos que ha inventado las jarras y los vasos.

Os estaréis preguntando por qué me llaman a mí el Cuervo. Suelo responder que es porque soy un tipo oscuro y misterioso. La realidad es que cuando era niño quise probar mis habilidades voladoras desde lo alto de un tejo. Me lancé contra el suelo moviendo mis brazos como si fueran alas. Por alguna razón, el plan no funcionó como pretendía y acabé con las dos piernas rotas. Desde entonces soy Daven el Cuervo. No vayáis contándolo por ahí, no es una historia que me interese que se sepa. Ya sabéis, por mi reputación y todo eso.

Bueno... Sigo.

Tres Piernas se acerca a mi roca y se sienta a mi lado.

—Solo quedamos nosotros —dice—. Las valkirias se han llevado ya a los demás. Pronto vendrán las nuestras.

—Suponiendo que vengan.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá no nos corresponda el Valhalla.

—Pero ¿qué dices? Hemos muerto como héroes. Esos azules eran al menos un doscientos.

Me callo. No le digo a Tres Piernas que los dioses son caprichosos y que tal vez no vean las cosas como las ve él. Extiendo mi mirada hacia el bosque. Está tranquilo. Solo se oye el ruido de las moscas y algún que otro pájaro.

—¿Ha cuantos has matado tú, Cuervo? —pregunta Tres Piernas.

—A dos, puede que a tres.

—¡Ja! Yo a seis. Para que luego digas que no soy un héroe. Me merezco el Valhalla como el que más.

—Claro que sí, Tres Piernas.

Contemplo un promontorio que se eleva a unos centenares de pasos ante nosotros. Desde allí nos observa una figura esbelta. Le doy un codazo a mi compañero y le señalo el lugar. Es una mujer que se queda quieta un instante y luego comienza a descender hacia nosotros. Cuando está más cerca, puedo verla bien. Es rubia, no muy alta, delgada y con curvas. Una delicia. Me observa un instante con unos ojos celestes que parecen transparentes y yo me quedo prendado en ellos de tal modo que ni siquiera me doy cuenta de que tengo la boca abierta.

—Ahí está mi valkiria —dice Tres Piernas.

«Que sea la mía, que sea la mía», pienso.

La rubia se detiene delante de nosotros y dice:

—¿Quién de los dos es Bjorn Tres Piernas?

Mierda.

—¡Ja! —Bjorn se levanta satisfecho—. Vamos, estoy deseando llegar al Valhalla.

Tres Piernas comienza a caminar hacia la espesura, pero la valquiria no lo acompaña. Sus ojos celestes se han quedado clavados en los míos.

—¿Quién eres tú? —pregunta.

—Daven el Cuervo.

Mmmm. Esa mirada no se aparta de mí. Buena señal.

—Estuve a punto de llevarte al Valhalla en la batalla de Ronsgard.

Recuerdo esa batalla. Estaba tirado en el suelo mientras un tipo levantaba un hacha dispuesto a atravesarme el pecho. De repente, una flecha sale de no sé dónde, le cruza las costillas y lo derriba cuán grande era. ¿Os lo podéis creer? ¿Se puede tener más suerte? El tipo se queda allí, medio muerto y mirándome sin entender por qué yo seguía vivo y él no.

—Tuve suerte —digo.

—¡Vamos! —exclama Tres Piernas—. Ya llevo demasiado esperando, muchacha.

La joven lo mira reticente, pero luego se pone en marcha.

—Espera —la detengo. Ella se vuelve hacia mí—. Ahí arriba guardo un poco de hidromiel. La reservé por si la batalla salía bien. Para celebrar, ya sabes.

—Un optimista.

—Sí. ¿Te apetece?

La rubia mira a Tres Piernas y luego me mira a mí.

—El Valhalla no se va a ir a ninguna parte —le digo.

La valquiria se queda pensando.

—Allí arriba tendrás todo el hidromiel que quieras, Cuervo —dice Tres Piernas—. No nos entretengas más.

—¿Está muy lejos? —pregunta la muchacha. Buena señal.

—No, que va. Está ahí arriba.

Me levanto y comienzo a andar en dirección a un terreno elevado. La valquiria me sigue y Tres Piernas la sigue a ella.

—¡Maldita sea, Cuervo! Esta me la pagas.

Llegamos a un claro entre unos árboles y yo me pongo a rebuscar en medio de los matorrales. Saco un cuerno cubierto con un paño blanco. Cuando me vuelvo, solo veo a Tres Piernas que me mira con cara de odio. La chica se ha alejado hasta el borde del bosque y permanece allí quieta contemplando el desfiladero y el valle que se extiende más allá. Desde donde está incluso se puede ver el mar.

Me acerco a ella, retiro el paño del cuerno y se lo ofrezco sin más.

—Es precioso —dice refiriéndose a las vistas.

Miro en la misma dirección y veo el sol del atardecer que se dispone a ocultarse al final del valle.

—Sí, sí que lo es. ¿Cómo te llamas?

—Mist —responde y da un buen trago al cuerno. Luego hace un gesto con la cara como si fuera demasiado fuerte para ella y parece marearse. Yo la sostengo entre mis brazos y la miro a los ojos.

—Te tengo —le digo. Ella ríe.

La ayudo a sentarse en el suelo y yo me siento a su lado.

—Joder, Cuervo —espeta Tres Piernas—. Deja que nos vayamos.

—No estoy acostumbrada al hidromiel, prefiero el vino —dice la valquiria al tiempo que le da otro buen trago al cuerno.

Después me lo pasa a mí y bebo con gusto. El estar muerto no me ha quitado la sed. Le sonrío y ella hace lo mismo y se queda mirando el horizonte. Parecemos dos niños tímidos que se gustan, pero no se atreven a decírselo. Toca esperar.

—No quiero volver a Asgard todavía —comenta.

—Podemos ir a algún sitio —contesto.

—No, no, no... —nos interrumpe Tres Piernas—. No vais a ir a ningún sitio. Mi valquiria me va a acompañar al Valhalla y tú vas a esperar a la tuya, Cuervo. Si no, te mataré, cabrón.

—Ya estoy muerto, idiota. Igual que tú.

Extiendo mi mano para ayudar a Mist a levantarse. Luego nos adentramos en un estrecho sendero que desciende hasta final del Bosque del Desfiladero. Cuando dejamos los árboles atrás, vemos ante nosotros una llanura de pastos verdes que se extiende más allá de donde abarca nuestra vista.

Emprendemos entonces camino por una vieja carretera de tierra. Vamos dando un paseo. Conozco algo la zona y sé que más adelante hay una posada regentada por un tipo que me conoce. Soy un enemigo de su *jarl*, pero no es un guerrero y no pondrá problemas para servirnos algo de hidromiel.

A mi lado veo que Mist se estremece de frío y cruza los brazos. La noche se nos empieza a echar encima y ella apenas lleva un vestido blanco, ajustado a su cuerpo y con algo de vuelo en la falda. Me quito mi capa, que está intacta, y me doy cuenta de que conservo la misma ropa que cuando estaba vivo. Luego la extiendo por los hombros de la valquiria y dejo un instante mis brazos a su alrededor. Lo hago a propósito, presentando mis intenciones. Ella me sonrío de nuevo, como dándome las gracias, y yo la miro muy serio.

Me aguanta la mirada. Buena señal. Entrelaza sus dedos con los míos y en ese momento no me importan ni Odín, ni el Valhalla ni nada de nada. Me inclino sobre ella y la beso en los labios. A nuestra espalda, oigo gritar desde el bosque a Tres Piernas. Por suerte, no nos ha seguido.

—¡Maldito seas, Daven el Cuervo!

—¿Por qué te llaman Cuervo? —pregunta la valkiria.

—Dicen que soy un tipo oscuro y misterioso.

No os riais, cabrones.

La diosa Freyja es altiva y orgullosa. Peina su pelo rojo hacia atrás y se lo sostiene con una diadema de plata de tal forma que le mantiene despejada la cara mientras su melena le descansa en los hombros. Herja la conoce y la teme. Y lo que ha sucedido es demasiado grave como para tomárselo a la ligera.

—¿Qué ocurre? —pregunta la diosa.

—Cuando he llegado al Bosque del Desfiladero, mi guerrero no estaba —responde Herja sin levantar la vista del suelo.

Freyja arruga la frente y observa a la valkiria.

—¿Cómo que no estaba?

—Así es, señora. Había otro guerrero allí, pero no era el mío.

—¿Quién era tu guerrero?

—Su nombre es Daven el Cuervo, señora.

A Freyja el corazón le late a toda velocidad. Recuerda las palabras de Odín acerca de la profecía y recuerda también la propia profecía.

—¿Quién era el guerrero que estaba en el bosque?

—Un tipo llamado Bjorn Tres Piernas. Me suplicó que lo trajera al Valhalla porque su valkiria se había marchado con el otro.

Los dedos de Freyja se aferran a los brazos de su sillón. Se teme lo peor.

—¿A quién le correspondía recoger a ese Tres Piernas?

Skuld, la encargada de asignar los guerreros a las valkirias, las observa desde el fondo de la sala. Ahora es a ella a la que corresponde hablar.

—A Mist, señora —dice.

Todas las sospechas de Freyja se confirman. Ha sucedido justo aquello de lo que Odín le advirtió. El miedo a las represalias recorre su cuerpo. El maldito tuerto la culpará a ella y se lo hará pagar.

Freyja se levanta furiosa y se dirige directamente a la valkiria que está ante ella.

—¿Por qué no estabas allí?

Herja, muerta de miedo, no se atreve a admitir que la entretuvo Loki. Le enseñó aquel anillo de oro que la dejó obnubilada y luego la invitó a hidromiel mientras le contaba cómo lo había conseguido. Una historia bien interesante que ahora comprende que solo sirvió para entretenerla.

Pero Herja está aterrorizada. Teme el castigo de la diosa si dice la verdad, así que se encoge de hombros y no responde.

Freyja la mira pensativa, pero no le dice nada. Está buscando una solución dentro de su mente. Luego atraviesa la sala en la que se encuentran y se pierde en los pasillos oscuros que conducen a las viejas alcobas.

Todos en Asgard saben dónde encontrar a los cuervos cuando no están sobre los hombros de Odín. Hugin y Munin se ocultan en una sala recóndita con un ventanal desmadejado que usan para entrar y salir libremente. Luego se posan en un pedestal de hierro oxidado en el centro de la estancia y pasan allí horas alejados del mundo.

La sala es una vieja alcoba que se usaba para alojar a los invitados de Asgard. Pertenece a un ala del palacio que ha quedado en desuso por los siglos y que se encuentra habitada por fantasmas de los que ya nadie se acuerda.

Freyja aguarda en esta alcoba a que los cuervos aparezcan. Maldita la gracia que le hace tener que pedirles un favor a esos dos pájaros siniestros. Pero si alguien puede ayudarla en Asgard, esos son Hugin y Munin. Entonces oye un graznar a lo lejos. Dos manchas negras comienzan a dibujarse en el cielo azul oscuro del anochecer hasta que se hacen más visibles. La diosa los ve atravesar el ventanal entre un agitar de plumas y graznidos estremecedores. Las aves posan sus garras en el pedestal oxidado y se quedan inmóviles cuando notan su presencia. Entonces Freyja da un paso al frente, pero los pájaros agitan sus plumas como si trataran de advertirle que no se acercara más.

—Quiero pedirlos algo —les dice.

Los cuervos comienzan a graznar y sus gritos se dejan oír por toda el ala del palacio. Freyja no puede evitar cubrirse los oídos con las manos mientras espera a que se callen. Cuando eso ocurre, el silencio se hace más presente si cabe.

—Vosotros lo sabéis todo —prosigue. Piensa que, si los alaba, le será más fácil conseguir lo que desea—. Conocéis lo que ha ocurrido en el Bosque del Desfiladero.

Munin y Hugin guardan silencio. Vistos así, en su pedestal de hierro, cualquiera diría que no son más que dos cuervos.

—La valkiria se llama Mist —dice Freyja—. Decidme dónde puedo encontrarla.

Los pájaros no responden, se limitan a expurgarse las plumas con el pico.

—Os daré lo que me pidáis.

Entonces, al oírla, Munin y Hugin clavan sus miradas negras en las pupilas de Freyja. La diosa siente un escalofrío por la espalda y baja sus ojos. De repente, uno de ellos levanta el vuelo y va a posarse en el hombro de la diosa. Esta tiene que reprimir un grito ante el susto que le ha dado. Se halla paralizada mientras Hugin acerca el pico a su oído.

—En los ojos de la muchacha —susurra el cuervo con la voz de un anciano—, cabe el mar entero.

En ese momento, se lanza sobre ella el otro cuervo, que se posa en su hombro libre. También su pico se acerca a su oreja y musita un mensaje:

—Los dos amantes se hallan en la posada de Alf Fulkerson.

Los pájaros emprenden un corto vuelo y van a posarse de nuevo en su pedestal.

—Os estaría muy agradecida —dice Freyja con cautela— si no le contaseis a Odín nada de esto.

Los cuervos ni contestan ni parecen conscientes de su presencia. Freyja no sabe qué hacer. Se acaricia su brazo y mira con timidez la puerta de la estancia.

—¿Qué queréis a cambio? —pregunta, pero no obtiene respuesta alguna. Se siente incómoda y se dirige a la salida. Gira el pomo lentamente y, como si no se atreviera a molestar, sale al pasillo y cierra tras de sí, pero, antes de hacerlo, la voz anciana de Hugin surge desde la habitación:

—Cuando todo esto acabe, tú serás la que más pierda.

Capítulo II

Alf Fulkerson se queda de piedra cuando me ve.

—¿Cómo has podido sobrevivir?

Está viendo a un fantasma y ni siquiera se ha dado cuenta.

—Ya ves —le digo.

—Se cuenta que no sobrevivió ninguno de los vuestros allí arriba.

No respondo. Tomo de la mano a Mist y la llevo hasta una de las mesas. El tabernero nos trae un cuerno grande de hidromiel y lo pone en el centro. La valquiria se apresura a cogerlo y bebe un largo trago.

—Despacio —le digo. Ella me sonríe y me besa. Esta vez puedo sentir su lengua jugueteando con la mía y me hace gracia que no tenga demasiados reparos. Hace un rato ni siquiera nos conocíamos.

—Estoy un poco borracha —dice.

—Ya veo.

Nos terminamos el hidromiel y me levanto. Entonces, extendiendo mi mano para tomar la de Mist y le pregunto a Alf:

—¿Tienes alguna habitación libre?

—La que tiene un círculo rojo pintado en la puerta.

Subimos las escaleras besándonos y acariciándonos. La empujo con cuidado contra la puerta del círculo mientras la beso y le acaricio las nalgas. Sus manos se agarran a mi espalda atrayéndome más hacia ella. Se deja hacer, al tiempo que yo abro la puerta y entramos en la habitación.

Una cama grande preside el espacio cubierta con pieles. En una esquina hay una silla y también una pequeña ventana cerrada junto a ella. Nada de lujos.

Mist se aparta de mí, se acerca a la cama y se quita mi capa. Luego se desata los cordones que mantienen su vestido blanco colgado de sus hombros y deja que este se deslice por su cuerpo con toda naturalidad. Está de espaldas y puedo verle el culo con forma de corazón y sus piernas torneadas. Desnuda, se tumba en la cama, bocarriba, y se apoya en los codos. Tiene los pechos grandes y firmes, aunque es muy delgada, tanto que se le notan las costillas. Justo como me gusta.

Yo me quito la ropa mucho más torpemente que ella y me acerco como un lobo que acecha a una oveja. Apoyo mis manos a ambos lados de sus hombros y rozo mis labios con los suyos.

—Vamos —dice desafiándome y me rodea la cintura con sus piernas.

Luego me atrae hacia sí y entonces la embisto sin mucho cuidado. Ella arquea la espalda y echa su cabeza hacia atrás, mientras siente mi polla avanzando dentro de su cuerpo. Mis movimientos son lentos, acompasados, disfrutando del calor y de la humedad con que me ha acogido. Trato de contenerme, pero, de repente, una fuerza se apodera de mí y comienzo a empujar

con fuerza. No puedo parar. Ella me aprieta con sus piernas y parece pedirme más. Tiene los ojos cerrados y sus manos se aferran a mi espalda.

—Vamos —repite en mi oído.

Yo no me detengo. Nuestras bocas respiran al unísono. Cada vez me muevo con más fuerza y ella me pide más con sus piernas y con sus manos. Estoy cerca y noto que ella también. Quiero ir más lento, esperarla, pero mi cuerpo tiene vida propia.

—Más fuerte —susurra Mist.

Yo obedezco. Aprieto el paso y me derramo dentro de ella al tiempo que sus uñas arañan mi espalda para luego liberarme. Cuando me aparto, Mist permanece tendida sobre la cama con una expresión beatífica en su rostro. También ella ha quedado satisfecha.

La primera vez que follamos y nos corremos al mismo tiempo. Sin tener que esperarla. ¿Os ha pasado alguna vez? Llamadme romántico, pero para mí que eso es una señal.

Al cerrar los ojos, siento sus brazos rodear mi pecho mientras trato de recuperar el aliento. Los dos respiramos al unísono. No necesitamos decir nada, estamos en una paz absoluta. Paradójicamente me siento más vivo que nunca.

De pronto una brisa recorre mi rostro y me eriza el vello de los brazos. Abro los ojos y veo la ventana abierta y dos cuervos apoyados en el alféizar. ¿Quién la ha abierto? Cuando me voy a levantar para cerrarla y espantar a los pájaros, me llevo un susto que me hace buscar mi espada.

—¿Quién diablos eres tú? —le espeto a una mujer que está sentada en la silla del rincón. Es pelirroja, debe tener más de cuarenta años y me mira como si quisiera matarme.

Mist se incorpora y dice:

—Freyja.

—¡Joder! —exclamo—. ¿La diosa?

—La misma —dice la pelirroja—. Vamos Mist, recoge tus cosas.

—No —responde la valquiria.

La diosa se queda de piedra. No espera la respuesta de mi chica. Debe de estar acostumbrada a que la obedezcan siempre. Entonces, se levanta de su silla y se acerca a nosotros. Contempla nuestros cuerpos desnudos con cierta displicencia y luego niega con la cabeza.

—Esto no está bien —dice—. Tenías una misión. Un guerrero está esperando a ir al Valhalla mientras tú estás aquí follando con este.

Dicho de esa forma, parece que Tres Piernas fuera un guerrero de leyenda y yo una rata de agua. Igual ha creído que lo de Tres Piernas es literal.

—No pienso regresar —dice Mist.

—Si vuelves conmigo tendrás una oportunidad. En cambio, si es Odín el que interviene...

Yo miro a los dos cuervos. ¿Serán Munin y Hugin? Esto es pone interesante.

—No quiero seguir siendo una puta para los guerreros del Valhalla.

—Podemos arreglarlo, pero vuelve.

—No puedes arreglarlo —contesta Mist—. Odín tiene todo el poder y no lo va a ceder ante ti.

—Hablaré con él.

—No servirá de nada. Llevamos demasiado tiempo en esta situación. Los dioses no cambiáis. Freyja suspira y se queda mirando a los dos cuervos. Luego me observa a mí.

—¿Tú no tienes nada que decir? ¿Vas a renunciar al Valhalla por ella? —me pregunta.

—Así es —respondo.

Freyja me mira incrédula. Yo tampoco me termino de creer lo que estoy haciendo. ¡Joder, un vikingo renunciando al Valhalla! Sí que me ha dado fuerte la rubia.

La diosa se dirige despacio hacia la puerta, la abre y se detiene antes de irse. Le dedica una última mirada a Mist y le dice:

—No podré ayudarte.

—No importa —responde Mist.

—Sí, sí que importa.

Freyja desaparece ante nuestra vista y Mist se abraza a mí en silencio. Los cuervos emprenden el vuelo y no puedo evitar cierto escalofrío al pensar que aquellos pájaros le van a contar a Odín todo lo que han visto.

—Deberías volver —dice Mist.

—¿Qué dices? ¿Sólo porque el dios más poderoso de Asgard me lo ordene?

—Eres un guerrero, el Valhalla es tu sitio.

—No, que va. Aquí también hay hidromiel y vino y ya tengo una valquiria a mi lado. No hay nada en el Valhalla que me llame especialmente.

—Nos atraparán.

Me quedo pensando. Sí, nos atraparán, eso seguro. Sobre todo, si nos quedamos por estos lares. Quizá...

—Tengo una idea —digo.

Mist me mira fijamente.

—¿Qué idea?

—Hace unos cinco años participé en una expedición al sur. Llegamos hasta un mar cálido al que los lugareños llaman Mediterráneo. Allí hay otros dioses distintos a los nuestros. Odín no tiene ningún poder en ese lugar.

—¿Está muy lejos?

—Sí, bastante. Pero conozco a un tipo en Snorri. Tiene un barco pesquero. Podría llevarnos hasta la tierra de los francos. Una vez allí, decidiremos qué camino seguir.

—¿Por qué haces esto?

Me coloco sobre Mist y la beso.

—No sé, ¿tú qué crees?

Ella se ríe al notar mi nueva erección entre sus piernas.

Los seis hombres están nerviosos. Ven a los lejos los palacios de Asgard mientras ellos permanecen tras las murallas sin poder entrar. «¿Qué está ocurriendo?», se preguntan. En el claro entre las montañas en que se encuentran, los rodean siete valkirias armadas con espadas y escudos y no les permiten moverse. De pronto, uno de ellos señala hacia un sendero serpenteante que acaba donde ellos están. Por él viene una mujer pelirroja acompañada de otras dos más jóvenes.

Cuando llegan hasta el claro, Sven se da la vuelta y se encara con la pelirroja.

—¿Qué está pasando aquí? —le dice—. ¿Por qué no estamos ya en el Valhalla? Hemos muerto como héroes.

—¡Silencio! —exclama una chica joven que acompaña a la pelirroja—. Estás hablando con la diosa Freyja, muestra un poco de respeto.

Los vikingos se quedan sorprendidos al saber que están ante una deidad. No saben si arrodillarse o mantenerse de pie, así que se miran unos a otros y luego observan al *jarl* Sven para que decida él, pero este permanece en silencio e impassible.

—Ha habido un problema con uno de tus hombres —dice Freyja—. No entraréis al Valhalla hasta que lo solucionéis.

—¿Un problema? —pregunta Sven confundido—. ¿Qué clase de problema?

—Se trata de Daven el Cuervo. Ha huido con una de mis valkirias y ambos se niegan a volver.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con eso?

—Es uno de tus guerreros.

Sven se atusa los bigotes blancos y se queda pensativo. Sus hombres y la diosa esperan una respuesta.

—Daven es un buen guerrero. Es valiente y lucha con destreza, pero también es un descerebrado y un irresponsable. Le pierden las faldas.

No creáis que me ofende. Lleva bastante razón. ¿Cuántos de vosotros renunciaríais al paraíso por una rubia? Vale, no contestéis. Ya me hago una idea.

—Me da igual lo que sea —dice Freyja—. Lo quiero de vuelta. A él y a mi valkiria.

Sven observa a las mujeres armadas que los rodean.

—¿Por qué no las envías a ellas a buscarlos? —pregunta.

—Mist tampoco quiere volver. No voy a enfrentar a mis valkirias contra ella.

—Pero no te importa que yo me enfrente a uno de mis hombres.

—No, no me importa —replica Freyja mirándolo fijamente y mostrándole que no tienen otra alternativa.

—¿Odín sabe todo esto?

—Es él quien ha dado la orden —miente la pelirroja.

Alf llena el cuerno de hidromiel y lo lleva hasta una de las dos mesas ocupadas. Allí hay tres tipos sentados a los que no ha visto nunca y en la otra, otros tres. Regresa a la cocina para llenar otro cuerno y su mujer le tira de la manga.

—No salgas —le dice.

—¿Cómo que no salga?

—¿No sabes quiénes son?

El tabernero observa de nuevo a los clientes. Esta vez se fija con detenimiento, pero sigue sin conocerlos.

—¿Quiénes son?

—Ese es el *jarl* Sven y esos, sus hombres.

—No digas tonterías. El *jarl* Sven ha muerto en el Bosque del Desfiladero.

—Exacto. Igual que tu amigo Daven.

—Daven está vivo. Tú misma lo has visto.

—Están todos muertos.

Alf frunce el ceño. No quiere creer a su mujer, pero sabe que quizá esté en lo cierto. Ella conoce al *jarl* Sven. Siendo niña vivió en su aldea.

—¿Qué hago? —pregunta.

—No salgas. Vámonos de aquí.

—No podemos irnos sin que se den cuenta.

La mujer suspira. Sabe que su marido tiene razón. Podría ser peligroso hacerlos sospechar.

—¡Esos cuernos! —gritan desde fuera.

El tabernero mira los cuernos que tiene en las manos. Entonces, decide salir y se los sirve a los impacientes.

—¿Dónde está? —pregunta Sven mesándose los bigotes blancos.

—¿Quién? —dice temeroso Alf.

—El Cuervo.

Alf mira a su mujer que acaba de salir de la cocina.

—No nos hagáis daño, por favor —dice ella.

—¿Daño? Decidme dónde está. No pido más.

—Está arriba —interviene el tabernero—. En la habitación que tiene un círculo rojo pintado

en la puerta.

—Un círculo rojo —repite la mujer.

—Un círculo rojo —repite Sven—. ¿La chica está con él?

—Sí, señor —responde el tabernero.

—Bien, gracias.

Los vikingos continúan bebiendo como si tal cosa y el tabernero se queda de pie en mitad de la sala sin saber qué hacer.

—Será mejor que os vayáis —dice Sven—. Esto se puede poner peligroso.

Alf no reacciona. Parece que no hubiera oído lo que le han dicho. Es su mujer la que se acerca a él, lo agarra del brazo y lo conduce hasta la puerta. Ambos salen y Sven los ve alejarse por la carretera de tierra.

El *jarl* se pone de pie y sus guerreros apuran sus cuernos.

—Vamos —ordena.

Todos le siguen escaleras arriba con sus espadas y sus hachas desenvainadas. Se detienen ante la puerta con el círculo rojo pintado y guardan silencio mientras se miran. Están pensando si, estando ya muertos, pueden volver a morir. Sven gira el picaporte de madera y abre con mucho cuidado. Todos quedan sorprendidos al ver que la habitación está vacía.

Entran y ven la ventana abierta. Sven mira por ella, pero no ve a nadie al otro lado.

—Han huido —dice uno de sus hombres.

—No —responde el *jarl*—. No han huido. Conozco las tretas del Cuervo. Están por aquí, en algún lado.

De repente, el hombre que está más cerca de la puerta emite un leve gemido. Todos se giran hacia él y ven que tiene la garganta abierta como una segunda boca desde la que mana sangre sin descanso. Apenas alcanzan a ver mi sombra que sale de la habitación y desaparece en la oscuridad del pasillo.

Los guerreros se lanzan en mi persecución.

—¡Esperad! —grita Sven, pero sus hombres no le hacen caso. Tienen prisa por atraparme y volver al Valhalla.

Están tan obcecados que no ven que, tras ellos, Mist lanza un puñal que se le clava en mitad de la espalda a uno. No os olvidéis que es una valquiria. Sabe pelear.

Mi rubia se mete en una de las habitaciones y cierra la puerta. Los tres guerreros que quedan además de Sven han perdido todo el ímpetu. Ahora se acercan a su compañero abatido temerosos. Está agonizando en el suelo. El *jarl* llega hasta ellos, mira al herido y niega con la cabeza. Es el único que no parece tener miedo.

—Sois imbéciles —dice—. Parece que no conocáis a Daven. Vamos.

Sven se dirige hacia la puerta por la que ha entrado Mist. Le ordena a uno de sus hombres que vigile la retaguardia y este se da la vuelta. Luego gira el picaporte despacio, abre la puerta y se

queda quieto, sin entrar, observando el interior de la habitación. Ni rastro de la valquiria.

—Ha salido por la ventana —dice. Sus hombres asienten.

—¡Señor! —grita el que vigila la espalda.

Todos se dan la vuelta y me ven al inicio del pasillo.

—Ha aparecido de repente —dice el guerrero.

—Parece un fantasma —dice el que está más cerca de Sven que se llama Niels.

—Aquí todos somos fantasmas, imbécil —responde el *jarl* y se adelanta entre sus hombres—. Vamos, Daven. Ven con nosotros. Nos envía la mismísima Freyja.

—Sí, ya la conozco.

Ahora dirá eso de «o por las buenas o por las malas».

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

¿Veis? Le encanta esa expresión.

Yo me pongo en guardia. Por las malas.

Sven levanta su arma y se lanza contra mí acompañado de los que hasta hace unas horas eran mis compañeros. Resisto la primera andanada con mi espada. La estocada de Sven la detengo en alto y luego la de Niels, que la lanza a media altura. Retrocedo un poco esperando a que ocurra lo que tenemos planeado. No me atrevo a levantar la vista para no desvelar la posición de Mist.

Los dos que están tras Niels se dan la vuelta. Han oído algo, pero ni siquiera se les pasa por la cabeza que la valquiria está justo encima de ellos, encaramada al techo. Se deja caer en medio de los dos y los decapita de un solo movimiento. Ambos emiten un grito que parece de protesta ante su propia muerte.

Niels se vuelve alarmado y yo aprovecho para lanzarme sobre él y ensartarlo por la espalda. Estaba perdido, si no se hubiera girado, lo habría matado Mist.

Inmediatamente, saco mi espada de su cuerpo y embisto con todas mis fuerzas al *jarl* Sven, que resiste mi ataque sin problemas, aunque lo hago retroceder unos pasos. En otro tiempo juré dar mi vida por él. Ninguno de los dos tenemos vida que dar. Ataco de nuevo y golpeo su acero con el mío una, dos, tres veces. Mist se me une y a Sven cada vez le cuesta más resistir. De repente, su espada salta por los aires y sin que le dé tiempo a nada le propino un tajo en el cuello. Mist le atraviesa el pecho con su arma. El viejo cae de rodillas y nos mira con una cara bastante patética, como si no hubiera pasado ya por eso.

Observo el cuerpo de Mist y ella el mío. Estamos embadurnados de sangre como si fuéramos carniceros. Luego me fijo en los muertos. Los está disolviendo el aire que entra por la ventana del fondo del pasillo como si estuvieran hechos de ceniza.

—¿Cómo hemos podido matar a unos tipos que ya están muertos? —pregunto.

—No están muertos, son guerreros de Odín. Resucitados. Aparecerán de nuevo en el Valhalla, es su privilegio. Será diferente cuando nos enfrentemos a los muertos de verdad.

Yo asiento y contemplo sorprendido la herida que tengo en mitad del muslo y que no para de

sangrar. No recuerdo cómo me la he hecho.

Los salones del Valhalla no están muy animados a esas horas. Los guerreros se han pasado toda la noche bebiendo y ahora la borrachera los mantiene en un sopor que se contagia de unos a otros. La mayoría de las valkirias se ha retirado y solo quedan dos o tres sentadas a las rodillas de sus hombres y dormitando sobre sus hombros.

Odín, en su trono, apoya el codo en uno de los brazos del sillón y contempla la mesa del fondo que hace un rato estaba vacía. Ahora la llenan el *jarl* Sven y cinco de sus guerreros. Puede notar la pesadumbre en sus rostros y ninguno de ellos se atreve a cruzar la mirada con el dios.

Odín se levanta, atraviesa la estancia sorteando los cuerpos de los borrachos que dormitan en el suelo y se detiene frente a la mesa de los recién llegados. Sven apenas si dirige los ojos hacia él cuando percibe su presencia.

—Lo siento, Señor —musita.

—¿Qué ha pasado?

—Nos sorprendieron. No esperábamos que emplearan tantas argucias.

—Esa valquiria es un demonio —responde Niels a su lado.

—Señor —dice Sven—, si nos dejáis volver, esta vez los traeremos de vuelta.

—¿De qué diablos estáis hablando?

—De Daven y su valquiria.

—¿Qué ha ocurrido? —grita el dios impacientándose y su voz se oye en todo el palacio como si fuese un trueno.

Los dos cuervos entran veloces por la ventana. Vuelan como si fuesen dos flechas y se posan en los hombros de Odín. Enseguida comienzan a susurrarle al oído toda la historia.

—¿Dónde está Freyja? —dice.

Nadie responde, todos en el salón lo miran asustados. Los cientos de guerreros no saben muy bien qué ocurre, pero piensan que nada bueno.

Odín los observa pensativo. Están tan borrachos que no los puede enviar tras ese Cuervo y su valquiria. Solo le queda una opción. Entonces, se da la vuelta, sale por una de las gigantescas puertas del Valhalla y se dirige a las caballerizas.

Recorre los extensos pasillos de Asgard llevado por la furia. Acabaría con Freyja si la tuviera delante. Si no se hubiese dejado convencer por ella y le hubiese vendido la valquiria a Loki, nada de esto habría pasado.

De pronto, le sale al paso un muchacho moreno que apenas si tiene barba y que reclina la cabeza ante él.

—Ensilla mi caballo —ordena Odín.

—Sí, Señor. ¿Para un viaje largo?

—Sí. Voy al río Gjoll.

El mozo de cuadras levanta las cejas. En Asgard, todo el mundo sabe lo que hay en el río Gjoll y, sobre todo, quién se encuentra allí.

Nos tumbamos en el suelo de un prado junto a la carretera. El dolor de mi pierna me está matando. Me quito los pantalones y la herida del muslo queda al descubierto. Entonces, Mist corta con su espada un retal de su vestido y tira de él hasta que saca una venda de un tamaño apropiado.

—No entiendo por qué sangro si soy un fantasma.

—Eras un fantasma en el Bosque del Desfiladero. Aquí fuera tu cuerpo se adapta al entorno. No puedes moverte por el mundo si no es con un cuerpo humano.

—¿Quiere eso decir que puedo morir de nuevo?

—Claro. Solo que no de la misma manera.

—¿Qué significa eso?

Mist levanta la vista hacia el horizonte y ve unas nubes negras que se acumulan en lontananza. Allí donde empiezan los pantanos. Los rayos se ven entre ellas en la distancia y mi valquiria tuerce el gesto.

—Quizá tengas ocasión de comprobarlo.

Aprieta fuerte mi venda y yo lanzo un grito que se oye a varias leguas de distancia.

—No eres muy delicada.

—No, no lo soy.

Mist me acerca la boca y me besa riéndose. Luego se pone de rodillas y se arremanga el vestido mostrándome su pubis rubio. Mi erección no se hace esperar. Allí, sin pantalones, mi rubia se sienta sobre mí y espero a que ella misma me cabalgue, pero no lo hace. Yo le acaricio las nalgas como para animarla, mientras ella trepa por mi pecho con una sonrisa perversa en los labios. No le quito ojo a su triángulo dorado que se acerca más y más a mi rostro.

De pronto, apoya las rodillas en el suelo, una a cada lado de mi cara, y parece invitarme a que me sirva yo mismo.

Ni se os ocurra contarle a nadie lo que voy a hacer a continuación. Acabaríais con mi prestigio como guerrero vikingo. Pensarán que no me funciona el instrumento y ya habéis visto lo estúpidos que somos inventando apodos. No puede saberse de ninguna manera que Daven el Cuervo come coños.

Capítulo III

Sleipnir es el caballo de Odín, todo el mundo lo sabe. Su nombre es legendario y, cuando éramos niños, a los vikingos se nos contaban las aventuras del famoso equino para que nos durmiésemos. Sin embargo, al llegar al inicio del Puente de Gyoll, el valor que se le presupone al animal ha desaparecido. Se niega a obedecer las órdenes de su dueño que le golpea en el lomo con los pies.

—Vamos, muchacho —dice Odín—. En peores nos hemos visto.

El caballo parece obedecer con reticencias. Pone una primera pata en el puente de madera y luego una segunda y avanza despacio por él. Cuando le llega el olor de los muertos relincha, pero su amo le acaricia el cuello y el animal se tranquiliza.

Al llegar al otro lado del río Gyoll, el paisaje ha cambiado. Se encuentran en mitad de un pantano neblinoso envuelto en una noche casi perpetua. Odín sabe que pronto aparecerán y debe estar preparado para no mostrar miedo. Al fin y al cabo, él es el padre de todos los dioses, incluida ella. Nadie osaría ni siquiera a presentarle batalla. En cualquier caso, en ese momento preferiría estar en cualquier sitio menos en el Reino de los Muertos.

Después de un rato, Sleipnir parece que se ha calmado. Odín le acaricia el cuello mientras observa con cierta inquietud los pantanos de Helheim que se extienden ante sus ojos. De sus aguas oscuras y nauseabundas surge una neblina espesa que apenas si le permite vislumbrar algunas sombras al otro lado. Tampoco le hace falta verlos para saber lo que son. Cuerpos en descomposición que emergen del pantano para dirigirse hacia él.

Pronto se ve rodeado por decenas de cadáveres que lo miran con desprecio. Si no fuera Odín, el Padre de los Dioses, no albergaría esperanzas de salir con vida de aquel lugar. Se le echarían encima y lo devorarían hasta que no quedara de él ni los huesos.

Entre la muchedumbre de muertos parece moverse algo. Un carril se abre entre ellos y por él hace aparición un enorme perro negro que se detiene frente al dios y su caballo. Le muestra los dientes y le gruñe, pero Odín también sabe que tampoco esta criatura le hará daño, aunque Sleipnir se agite y relinche.

El nombre del perro es Garm y tras él debería aparecer Hel, la bruja que rige el Reino de los Muertos. Odín levanta la vista y la busca. Contempla el horizonte, pero no ve más que cabezas medio podridas que lo miran como si fuera un manjar.

Al fin, sobre un promontorio algo alejado, se recorta una silueta femenina envuelta en una capa oscura. Es ella. La mujer desciende despacio y los muertos se hacen a un lado para dejarla pasar. Hel se detiene junto a su perro Garm y retira la capucha de su cabeza, mostrándole al dios su bello rostro en su lado derecho y el hediondo en el izquierdo. Odín no puede disimular una mueca de asco que hace sonreír a la bruja.

—¿Qué te trae por aquí, viejo?

—Busco tu ayuda.

—Habla.

—Una valquiria de Asgard se ha largado con uno de mis guerreros. Necesito que los encuentres. Hel no puede creer que Loki lo haya conseguido.

—¿Qué te importan a ti una valquiria y un guerrero? Tienes cientos de ellos.

—Hay disgusto entre las valquirias. Si dejo que se vaya una sola, todas las demás querrán imitarla.

No le cuenta nada de la profecía, pero eso a Hel le da igual. Procederá como le ha dicho Loki.

—Y eso será el principio del fin. Todo tu mundo se derrumbará.

Odín no responde, pero no puede evitar pensar que Hel tiene razón, aunque por motivos distintos.

—¿Lo harás? —pregunta.

—¿Qué obtengo yo?

—Te daré al guerrero. Es un tipo joven y fuerte. Te será útil.

Hel levanta el brazo y señala a su ejército de muertos.

—Aquí la juventud y la fuerza duran poco. Los quiero a los dos.

Odín mueve la cabeza a un lado y al otro contrariado. No puede dejar que Mist y yo acabemos juntos, eso sería cumplir él mismo con la profecía.

—Mist está bajo la autoridad de Freyja, no puedo dártela sin más.

A Hel le cuesta no lanzar todo tipo de maldiciones al oír el nombre de la diosa, pero se contiene.

—No parece que Freyja haya ejercido demasiado bien su autoridad —responde.

«De nuevo tiene razón», piensa Odín.

Reflexiona durante un buen rato y luego piensa en qué puede darle en su lugar.

—No te daré a la valquiria, no puedo.

—Dame a Freyja, entonces.

—¿A Freyja? Estás locas. No te puedo entregar a una diosa de Asgard.

—¿Por qué no? Eres Odín, el jefe de todos ellos.

Odín guarda silencio y piensa en la mierda de negociación que está llevando, pero al fin y al cabo lucha por su supervivencia y por la de todos los dioses del norte. Tampoco sería la primera vez que incumple una promesa.

—Bien, te la entregaré —afirma. Luego se sube a su caballo y se aleja tan rápido como puede de aquel lugar. No le da tiempo de ver la sonrisa en los labios de Hel.

—No sé cómo ha podido. Ha minado toda la autoridad de los dioses de Asgard, incluida la mía. ¿Por qué ha recurrido a ese despojo de Hel para que se ocupe del asunto de Mist? A saber qué le habrá prometido.

Freyja sostiene entre sus dedos un cuerno lleno de vino mientras las palabras salen de su boca como si las escupiera. Ailana la observa desde la cama. Está sudorosa y desnuda, igual que Freyja, y colmada del placer que le ha proporcionado la diosa.

Se levanta y se acerca a la pelirroja por detrás. Luego la abraza y apoya la mejilla en su espalda.

—No puede hacer eso, ¿verdad? Hay unas normas...

—¿Qué normas? ¡Es Odín, joder!

Ailana nota cómo el corazón de Freyja retumba bajo sus costillas. Comienza a acariciarle el vientre tratando así de que se tranquilice. La diosa le responde acariciando a su vez el envés de su mano.

—¿Y qué vas a hacer?

La mano comienza a descender hacia el ombligo, el pubis y los pliegues de la entrepierna. La toca justo ahí, donde le arranca un gemido. La fricción se hace más intensa y pronto aparecen la humedad y los suspiros. Freyja cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás para apoyarla en el hombro de Ailana. Las ideas vendrán cuando se haya corrido. La muchacha lo sabe y Freyja también, por eso se deja hacer.

El cuerno con el vino cae al suelo y esparce el líquido por todas partes, pero a ninguna de las dos mujeres les importa. Ailana busca el orgasmo de Freyja y esta se agita entre sus brazos. De repente, todo su cuerpo se convulsiona y grita sin contención. La diosa cae de rodillas sobre el charco mientras su amante la acompaña abrazada a ella. Sus dedos aún continúan con su trabajo durante un momento hasta que es Freyja la que se los aparta. Ya ha terminado y Ailana le despeja el pelo de la cara. Ahora su expresión es más relajada mientras la diosa trata de recuperar el aliento.

—Debo acabar con él —dice Freyja.

—¿Con quién?

—Con Odín. Sé que hay dioses descontentos, hablaré con ellos.

—¿Estás segura?

—Sí, ahora mi mente está clara —Freyja mira a Ailana—, gracias a ti.

La joven disimula la alegría que siente ante el hecho de que todos sus planes estén saliendo como tenía previsto. También se congratula de que su disfraz sea tan perfecto. Ni siquiera la diosa pelirroja se ha dado cuenta de que es Loki quien se esconde bajo la piel de Ailana.

Gisli está sentado en un rincón de la taberna bebiendo hidromiel. Se encuentra más taciturno

que de costumbre. Lo normal es que bromea con todos los presentes, que se ría de ellos o que piropee a las mujeres, pero ahora está callado, con su cuerno en el mano y sin quitar la vista del líquido amarillento.

Lars lo observa desde su asiento. Sabe que algo ocurre. Se le queda mirando durante un buen rato y luego se levanta trabajosamente debido a su panza y se acerca con cautela. Lars es el jefe de la aldea de Snorri y como tal tiene que ocuparse de estas cosas.

Se sienta a la misma mesa y le pone una mano en el hombro al muchacho. Gisli levanta la vista como si solo en ese momento fuera consciente de la presencia de Lars.

—¿Qué te ocurre? —le dice el jefe.

Gisli se mantiene en silencio y echa otro trago al hidromiel.

—¿No me lo vas a contar? No tienes buena cara. Se que lo de tu padre ha sido un golpe duro para ti, pero es lo normal. Los hijos prenden la pira que quema el cadáver de sus padres. Es el ciclo natural de las cosas, muchacho.

—No es eso —dice Gisli.

—¿Qué es entonces?

Gisli aún se queda callado un momento antes de suspirar hasta que al fin se decide a hablar.

—¿Recuerdas cuando Otkatla empezó a ver cosas raras?

—Esa mujer estaba loca.

—Lo sé. El problema es que yo también he empezado a ver cosas raras.

Lars frunce el ceño y se mesa sus amplios bigotes.

—¿Cosas raras? ¿De qué estás hablando, muchacho?

—He visto a mi padre junto a la pira funeraria. Y no estaba solo.

—Tu padre está muerto, Gisli.

—Lo sé. Me he vuelto loco, ¿verdad?

—Has dicho que no estaba solo.

—Le acompañaban Finn, Gaulag, Atli y otros muchos. Por lo menos dos decenas.

—Todos ellos llevan muertos varios años.

—Así es —responde Gisli y echa un nuevo trago al hidromiel.

Lars se levanta de su silla. No cree que el muchacho esté loco, eso seguro. Tiene ya una edad como para saber que cuando los muertos se dejan ver es que algo grave ha pasado.

Sale de la taberna y recorre la calle principal de Snorri. Ha desembarcado un navío de mercaderes y ahora las mercancías están siendo acarreadas por los esclavos por la calle embarrada. Lars tiene que esquivarlos para no chocar con ellos. Aprieta el paso, no hay tiempo que perder, pero el bullicio lo ralentiza demasiado, así que echa una maldición para sus adentros y se arma de paciencia.

Le cuesta más de lo previsto llegar hasta la choza de la bruja Rannveig. Es un lugar inhóspito a

las afueras del pueblo, justo donde comienza el bosque. La gente no suele ir por allí a no ser que no les quede más remedio. La bruja tiene malas pulgas y echa maldiciones con cierta facilidad.

Lars golpea la puerta, pero no oye nada al otro lado. Unos pasos se acercan desde el bosque. Ve que la vieja sonrío al verlo. Va cargada con un canasto lleno de hierbas y su pelo es largo y gris. Lo lleva suelto y desmañado en torno a la cara. Su aspecto es el de una loca con la que mejor no cruzarse. Pasa junto al jefe sin hacerle demasiado caso y abre la puerta de la choza.

—Me estaba preguntando cuánto tiempo tardarías en venir —dice.

Rannveig entra y Lars pasa tras ella. La bruja coloca el canasto sobre un hornillo de ladrillos y se sienta en una estera en el suelo. No invita al jefe a sentarse, pero este lo hace igual.

—¿Qué sabes? —pregunta Lars.

—Lo que susurran las voces del bosque.

—¿Por qué se han levantado los muertos?

—Hel viene hacia Snorri con su ejército de cadáveres.

Lars toma aire. No puede ser.

—¿Por qué? ¿Qué le hemos hecho nosotros a Hel?

—No viene hacia aquí por vosotros, imbécil. Aunque, eso no impedirá que perezcaís igual.

—¿Por qué viene, entonces?

—Un guerrero ha escapado de su destino con una valquiria. Ahora deambulan por el mundo de los vivos. Cosa que no les corresponde.

—¿Quién es tan imbécil como para renunciar al Valhalla? —pregunta Lars furioso.

—Un descerebrado llamado Daven el Cuervo.

Lars se calma, suspira y baja la mirada. Me conoce. Se cruzó conmigo en una expedición al sur, al otro lado del mar, durante un verano, y sabe que Rannveig tiene razón, que soy un descerebrado.

—¿Qué puedo hacer para salvar a la aldea y a su gente?

—¿Hacer?

La bruja suelta una sonora carcajada.

—Algo se podrá hacer.

—Nada. Hel tiene vía libre para arrasar con todo lo que encuentre a su paso. El propio Odín ha acudido a ella. Nosotros no somos más que simples mortales. No les importamos a los dioses.

Lars se levanta de la estera y sale de la choza. La luz rala de la mañana le ilumina en la cara. Se siente realmente enfermo. En el horizonte, sobre las colinas, puede ver el siniestro ejército que se aproxima y comprende lo que ha dicho la bruja. No les importan a los dioses, pero también piensa que puede hacer algo, que en eso Rannveig se equivoca.

Capítulo IV

Cuando llegamos a Snorri nos sorprende la poca actividad que presenta la aldea a esas horas. Es media mañana y no hay gente circulando por las calles. Las naves se encuentran atracadas en el muelle atestadas de mercancías sin que nadie las descargue.

—Aquí pasa algo —dice Mist.

Yo echo mano del mango de mi espada y desenvaino despacio. Ella hace lo mismo. Pronto averiguamos qué es lo que ocurre.

Un grupo de hombres se aproxima por la calle principal. Son apenas cinco o seis que se mueven despacio y no nos quitan ojo. Cuando se hallan más cerca, vemos que su piel está ennegrecida y putrefacta. Mantienen sus brazos extendidos como si quisieran atraparnos al tiempo que emiten unos gruñidos sordos.

—Estáis condenados —dice uno de ellos.

Vuelvo la mirada hacia mi derecha y veo aparecer a otro grupo más numeroso de cadáveres que se aproxima por una de las bocacalles más estrechas. Se me ocurre que nos dirijamos a los barcos, pero cuando llegamos a los muelles, también estos se hallan repletos de muertos que se dirigen despacio hacia nosotros.

—Córtales la cabeza —me susurra Mist cuando ya los tenemos encima—. Es la única forma de ganar tiempo.

Con el rabillo del ojo veo que Mist se mueve con soltura entre los cadáveres decapitando a un lado y al otro. Parecen torpes, así que mi rubia se luce inundando el suelo de cabezas.

Yo me voy contra el primero, lanzo mi espada y el cabrón me esquiva, se agacha y me da un fuerte empujón que casi me tira al suelo. Maldita sea mi suerte, me ha tocado el más ágil de todos. Vuelvo a embestir. El tipo da un salto hacia atrás y se ríe. Ataco de nuevo y el hijo de puta me evita echándose a un lado y luego me da un mordisco en el antebrazo que me hace tirar el arma. Rápidamente todos los muertos se me echan encima. Por suerte, Mist se abre paso rebanando pescuezos y llega hasta mí. El habilidoso la mira sorprendido, pero la rubia se mueve veloz y su cabeza sale despedida a unos cuantos pasos de distancia.

Mist me mira cabreada.

—No tenemos mucho tiempo —dice—. Empieza a cortar cabezas de una vez o no saldremos de esta.

Recojo mi espada del suelo y hago lo que se me ordena. El primero trata de agarrarme con unos dedos de uñas larguísimas y mugrientas. Yo doy un paso atrás y, de un golpe, le separo la cabeza del cuerpo. Otro se me acerca por la derecha y hago lo mismo tan rápido como puedo. Después, dos más a los que despacho rápido, y una tercera que da más pena que miedo. Es una anciana que trata de morderme sin dientes.

En un momento, la acción parece detenerse. Mist y yo nos hayamos rodeados de una pila de cadáveres que se convierten en ceniza y se desmoronan ante nuestros ojos.

—Van a volver —musita Mist—, ¿dónde está el maldito barco que íbamos a tomar?

Yo me vuelvo hacia el muelle y veo los navíos cargados de mercancías, pero ningún navegante en ellos. Son demasiado grandes para que nosotros dos solos podamos gobernarlos. Ni siquiera seríamos capaces de salir de la bocana.

Mist me saca de mis pensamientos.

—Prepárate, aquí vienen.

En el inicio de la calle principal, un nuevo grupo de muertos ha aparecido entre las casas. Al principio no los reconozco, pero enseguida veo al habilidoso entre ellos y me doy cuenta de que son los mismos a los que hemos matado antes.

El habilidoso me mira de nuevo y se ríe. Es un cachondo que la ha tomado conmigo. Sale corriendo directamente hacia mí y yo me apresto a recibirlo con mi espada en alto. Cuando está a unos pasos, da un salto por encima de mi cabeza, me sobrepasa y se encarama a mi espalda. Con la fuerza del impulso, me derriba y los dos caemos al suelo enfangado. El tipo me lanza dentelladas al cuello y yo me aparto con dificultad. Está demasiado cerca para que pueda usar mi espada, así que lo golpeo con el mango en la frente. Le doy una, dos y hasta tres veces, pero el habilidoso es ajeno al dolor. Mantiene una odiosa sonrisa en los labios que hace que me acuerde de toda su familia.

Por el rabillo del ojo veo que Mist está ocupándose de los demás. Poco a poco, los cadáveres se acumulan a su alrededor mientras yo me esfuerzo por quitarme a la garrapata que tengo pegada. Mi muerto se ha agarrado a mí y no me deja moverme. Le doy un empujón con el hombro y me separo lo suficiente para propinarle una buena patada en los huevos que hace que se aparte. El dolor no lo inutiliza, como haría conmigo y con cualquiera de vosotros. El tipo vuelve a la carga. Esta vez ha dejado visible su cuello. «Ahora te tengo», pienso. Lanzo mi espada ante un golpe fácil, pero el habilidoso hace un quiebro, se desliza por el suelo y me golpea las piernas derribándome de nuevo.

Ahora he perdido mi espada. Miro en ambas direcciones y la encuentro demasiado lejos para poder alcanzarla. Entonces, el pesado se me echa encima y me inmoviliza con su cuerpo. Abre la boca y me muestra la dentadura más grande que he visto en mi vida. Tan grande que parece que se puede tragar mi cabeza. Pero entonces es la suya la que sale disparada. Al otro lado de su cuello decapitado veo el rostro áureo de Mist, que me parece la gloria. Mucho mejor que correremos al mismo tiempo, lo juro.

—Maldita sea, Daven —me suelta—, ¿me tengo yo que ocupar de todos? Espabila.

Me trago mi orgullo y recojo mi espada del suelo. De nuevo los cadáveres han desaparecido en un montón de cenizas y de nuevo los vemos aparecer el principio de la calle. El cabrón del habilidoso me vuelve a sonreír.

—Si mueres aquí —dice Mist—, lo harás sin gloria y por tanto acabarás en el Reino de los Muertos, a las órdenes de Hel. De allí sí que no hay salida.

Esas palabras me inquietan de verdad. Me pongo en guardia y espero a mi amigo. Esta vez no me dejaré embaucar por sus trucos. A la primera ocasión... ¡zas! Pero no tengo esa ocasión. Por suerte oigo el sonido de un cuerno a mi espalda. En ese momento el anuncio me parece fuera de

lugar, como si lo estuviera soñando. Me vuelvo y me quedo asombrado al ver un barco pequeño, con una vela desplegada y gobernado por una cara conocida.

Lars está más viejo que como lo recordaba. También se ha echado unos kilos encima y ahora se mueve con menos agilidad, pero se le notan sus artes en el mar.

—¡Vamos, subid! —nos grita.

Mist me mira y luego mira a los muertos que se acercan.

—¿Es de fiar? --me pregunta.

El habilidoso ya ha emprendido su carrera hacia mí. Cualquiera cosa antes que enfrentarme de nuevo a ese hijo de puta.

—Sí, lo es —respondo, y ambos corremos por el muelle y saltamos hacia el pequeño barco. No volcamos de milagro.

En un rato, la costa se ha alejado lo suficiente de nosotros como para que nos sintamos seguros.

—Hel se presentó con su ejército de muertos —dice Lars—, escapé por los pelos. Por suerte, buscan a un guerrero y a una valquiria.

Mist y yo nos miramos.

—Cuando me contaron lo que hiciste —continúa Lars con el timón en la mano y surcando las pequeñas olas del final del golfo—, pensé que los años te habían hecho más irresponsable de lo que ya eras, pero cuando veo a esta preciosidad. ¡Diablos! Yo habría hecho lo mismo.

A Mist le importa un bledo el piropo. Se queda mirando a los muertos que nos observan desde la costa.

—¿Cómo has podido escapar de ellos? —pregunta.

Lars no responde. Sus ojos están fijos en el horizonte. Sigo su mirada hasta unas velas que se extienden a lo lejos. Tres naves con dragones tallados en el mascarón de proa.

—Es la gente de Aleksanteri —dice Lars—. Tenéis que esconderos.

—¿Dónde? —pregunto ante el tamaño del barquito.

—Ahí. —Lars señala dos tablas que parecen estar sueltas en la proa—. Hay una falsa bodega debajo.

Levanto una de las tablas y observo un hueco oscuro y estrecho. Aquello no es una bodega sino un simple agujero. Ayudo a Mist a meterse dentro y yo la sigo detrás. Nos quedamos tumbados y abrazados. El espacio no da para mucho más. Permanecemos en silencio y notamos que la marcha del barco se ralentiza hasta casi detenerse.

—Saludos, Lars, hijo de Alvis —dice una voz a los lejos.

—Saludos Aleksanteri, hijo de Elof. ¿Qué te trae por aquí?

—Venimos a la caza de una buena recompensa.

—¿Qué caza es esa? Quizá me interese.

—No creo que puedas tú solo, amigo. Se trata de un guerrero que, en lugar de acudir al Valhalla a disfrutar de la gloria, se ha escapado con una valkiria. ¿Te lo puedes creer? ¿Quién haría tal cosa? Por lo visto, Hel los busca con todo su ejército de muertos. Si los encuentro antes que ellos, se los podré vender a buen precio.

—¡Vaya historia!

—Sí, sí que lo es. Tenemos prisa, Lars. Todos los guerreros de los alrededores deben estar movilizadas para encontrarlos, no tenemos tiempo que perder.

—Claro. Te deseo suerte, amigo Aleksanteri.

Oímos que Lars comienza a moverse por el barco. Sus pasos resuenan sobre las tablas y la nave comienza a avanzar de nuevo.

—No salgáis aún —dice Lars.

Le hacemos caso. Estamos más cansados de lo que pensábamos, así que dejamos que el balanceo del mar nos arrulle y pronto nos quedamos dormidos. Yo sueño con ese mar cálido que llaman Mediterráneo y que nos acogerá cuando hayamos dejado atrás toda esta mierda. Allí nuestros dioses no podrán encontrarnos.

—Esa muchacha con la que te acuestas, Ailana, me lo ha contado todo —dice Odín.

Los cuervos se han posado en un poste de madera junto a la ventana. Munin y Hugin observan a Freyja encadenada y arrodillada frente a ellos. La diosa no puede evitar acordarse de las palabras que uno de aquellos pájaros le dijo cuando les pidió ayuda: «Cuando todo esto acabe, tú serás la que más pierda».

Ahora le duele todo el cuerpo. Las cadenas son pesadas y sobre sus hombros siente la humillación que ha recibido cuando al dios tuerto se le ha ocurrido hacerla desfilas por delante de los demás dioses. Freyja siente que sus ojos se humedecen cuando piensa en la chica. Realmente empezaba a tomarle cariño a Ailana. Se había convertido en algo más que en esa muchacha con la que se acostaba, como acaba de decir Odín. No consigue entender el motivo de su traición. ¿Es una agente del dios para tenderle una trampa? No lo cree, Odín no es tan retorcido. Es poderoso, pero bastante simplón. «Esto tiene que ser obra de Loki», piensa. No sabe cómo lo ha hecho, pero deduce que debe de estar detrás.

—Hel me pidió que te entregara a ella a cambio de encontrar a tu valkiria y a ese Cuervo, pero no pensaba cumplir mi promesa. Eres una diosa de Asgard. Sentaría un mal precedente. Sin embargo, ahora todo ha cambiado. Has conspirado contra mí, Freyja.

—Tú has conspirado contra las valkirias. Debías dejarme el asunto, pero en lugar de eso acudiste a esa bruja de Hel. Le has confiado el destino de Asgard a la Reina de los Muertos. ¡Qué mayor conspiración que esa!

—¿Qué querías que hiciera? Ya conoces la profecía. Si dejamos que esos dos sigan juntos, el dios crucificado acabará con nosotros.

—Tal vez nos lo merezcamos.

—No sabes lo que dices.

—Empiezo a pensar que eres tú, el gran Odín, el que no sabe lo que se tiene entre manos.

Odín toma aire. Solo Freyja le habla así, y eso se va a acabar. Ante la amenaza que se avecina no se puede permitir tener disidentes a su lado.

—Espero que estés preparada —le dice—, porque vas a pasar el resto de tus días en Helheim.

—¡Mierda! —exclama Mist—. ¡Nos hemos dormido!

—Tranquila —le digo—. Es un viaje muy largo, nos viene bien descansar.

—Estamos parados.

¿Parados? Abro los ojos y solo veo la oscuridad del habitáculo en el que nos hallamos escondidos.

—¿Cómo que parados? El mar no para nunca.

—Estamos parados —insiste Mist.

Me quedo quieto un instante, atento, y compruebo que tiene razón. Tampoco se oye nada fuera del escondite.

Levanto una de las tablas y observo el cielo ya oscuro de la noche, claro y estrellado, y la luna enorme que nos devuelve una luz azul que lo hace todo más tenebroso. Saco la cabeza. Lars me observa sentado junto al timón. Entonces, me pongo de pie sin entender lo que está sucediendo.

—Lo siento, Daven —dice—. Lo he hecho para salvar a mi gente. Hel los hubiera matado a todos.

Mist sale del escondrijo y se sitúa junto a mí.

—Todo era una trampa para traernos a Helheim —dice.

—Lo siento —repite Lars.

Yo levanto la vista y esta vez no veo algunas decenas de cadáveres moviéndose hacia nosotros, sino a miles que se extienden a nuestro alrededor hasta allá donde alcanza la vista. El barco está varado en unas aguas pantanosas llenas de musgo y vegetación muerta. Lars desciende por estribor y sumerge las piernas en el agua. Se aleja y se detiene frente a una mujer cuya mitad izquierda de su cuerpo es la de un cadáver en descomposición y la derecha la de una mujer bella que nos mira con dureza.

Ya la conocéis, es Hel.

La reina de los muertos asiente ante la obediencia de Lars y los difuntos, tras ella, se apartan para que el marinero pueda volver a su aldea y vivir lo que le queda de vida en paz.

—¡Moriréis sin gloria! —exclama Hel— Luego, el Cuervo vivirá aquí, a mis órdenes, hasta el Ragnarok.

Para los que no lo sepáis, el Ragnarok es nuestro apocalipsis. El fin de los tiempos. Pero un

momento. Ha dicho el Cuervo. ¿Y qué pasa con mi rubia?

Antes de que me dé tiempo a preguntarle, la medio muerta levanta el brazo vivo y acto seguido lo deja caer con cierta teatralidad. Me toca los cojones que sea tan pomposa.

—Va a haber que cortar unas cuantas cabezas —musito. Mist se acerca más a mí, hasta que siento su hombro junto al mío. Qué lástima que haya durado tan poco lo nuestro.

Los muertos comienzan a avanzar estrechando el círculo en torno a nosotros. Los primeros llegan hasta el barco y apoyan sus brazos en el borde. Lo zarandean y lo vuelcan justo antes de que Mist y yo saltemos a las aguas cenagosas.

Lanzamos nuestras espadas a un lado y a otro casi sin mirar. Siento cómo mi hoja atraviesa la carne putrefacta de los difuntos, y gotas de sangre medio seca y maloliente me salpica en la cara. Reprimo el asco y sigo con la tarea. Noto la espalda de Mist contra la mía. Espalda con espalda parece que nos defendemos mejor, aunque da igual, es una guerra perdida.

Me quito de la cabeza los pensamientos negativos y le parto el cráneo en dos a un tipo con cara de sapo que se ha acercado demasiado. Luego lanzo un golpe circular y atravieso dos cuellos al mismo tiempo. Detrás de mí, oigo los gemidos de mi valquiria y el sonido de su espada cortando el viento y algunas cosas más.

Tres muertos se me acercan de frente. Le pego una patada en el vientre al del centro, que lo hace retroceder y le corto la cabeza al de la derecha, pero el de la izquierda se me agarra del brazo. Intento quitármelo de encima cuando el del centro, el de la patada, también me sujeta de la mano de la espada y no me deja moverme. Veo más muertos acercarse. Mist se da la vuelta y los decapita a todos ellos en un par de movimientos. Entonces, dos más la agarran por la espalda. Yo me agacho, giro sobre mí mismo y suelto mi acero con fuerza. A uno le atravieso media cara y la cabeza del otro vuela unos pasos hasta hundirse en el agua.

Cuando me vuelvo para ver si Mist está bien, el alma se me cae a los pies. Al menos una decena de cadáveres la han levantado en alto. Ha perdido su espada y la transportan por encima de sus cabezas hasta un bosquecillo cercano.

De repente, yo también noto que me alzan. Lanzó un tajo que se clava en un hombro y mi espada se queda atorada en ese cuerpo putrefacto. Enseguida se abalanzan sobre mi mano y me la muerden.

—¡Ah!

Suelto el arma y mi cuerpo se eleva y se mueve dando tumbos por encima de los muertos. Alcanzo a ver a Mist delante de mí, a unos pasos y deduzco que nos llevan al mismo sitio. Los muertos han comenzado a gritar y ahora el ruido es ensordecedor. Nos han sacado de la zona húmeda y nos suben por un terraplén en mitad de un pequeño bosque de árboles enclenques. Los gritos aumentan de intensidad a medida que nos acercamos a un tejo enorme que parece reinar sobre los demás. De una de sus ramas cuelgan dos sogas y pronto nos encontramos con ellas rodeando nuestros cuellos.

De repente, se hace el silencio. Mist y yo nos encontramos sostenidos por decenas de manos que nos mantienen en alto. Ante nosotros vemos acercarse a la medio muerta, que se detiene y nos mira con desprecio.

—Moriréis sin gloria, como cualquier vulgar ladrón.

Qué pesadita está con lo de la gloria.

—Vamos Hel, seguro que podemos llegar a un acuerdo —le digo. A los dioses les gusta negociar, las crónicas están llenas de historias de ese tipo.

—Todos los acuerdos ya se han completado —responde y vuelve a levantar la mano con solemnidad. ¡Cómo me revienta!

—Tengo miedo —dice Mist.

—Tranquila, ya he muerto antes, tampoco es para tanto.

En ese instante, los cadáveres nos sueltan y caemos a plomo. Veo el suelo acercarse vertiginosamente y mi cuerpo se detiene en el aire. Oigo cómo el cuello de Mist se rompe y doy gracias de que al menos haya sido rápido. Yo tardo algo más. Mi cuello queda intacto después de la caída y ahora la soga lo estrecha sin remedio. El oxígeno no llega a mi cerebro. Trato de zafarme en vano del nudo mientras mis ojos parecen salirse de sus órbitas. Mi campo de visión comienza a estrecharse. Los muertos me observan en silencio al tiempo que me muero de nuevo.

—¿Qué le ocurre? —pregunta Loki mientras observa a Mist detenidamente.

Mi chica está sentada en un sillón cómodo y tiene la mirada perdida en el suelo. Parece un autómata que reacciona de forma muy básica. Loki chasquea los dedos ante sus ojos y consigue que Mist los siga.

—No se acuerda de nada —dice Odín—. Ese brebaje que le ha dado tu hija para devolverla a la vida y sacarla de Helheim le ha debido de sentar mal.

—Pues vaya —responde Loki algo decepcionado. Luego se alegra al pensar que quizá su hija le ha hecho un último favor entregándole un cerebro en blanco en el que introducir los recuerdos que él le interese.

Loki, Odín y Mist se encuentran solos en la Gran Sala del Trono de Asgard. El dios tuerto ni siquiera ha permitido que estén allí sus dos cuervos. No quiere testigos de lo que se propone hacer.

—Tienes que llevártela, Loki —dice—. No puedo permitir que las demás valquirias la vean en este estado. Después de haberle entregado a Hel a Freyja, los ánimos están muy caldeados. Una rebelión es lo último que necesito en estos momentos. Además, alejándola de ese Cuervo, no se cumplirá la profecía.

Loki observa a Mist. No pensaba que fuera a conseguirla tan fácil. Creía que tendría que convencer a Odín, no que fuera al revés.

—¿Y a adónde voy? —dice.

—Ni lo sé ni quiero saberlo. No se lo digas a nadie. Simplemente desapareced.

A Loki no le importa abandonar Asgard. Al fin y al cabo, es un lugar en el que nunca ha sido considerado un dios como los demás. Está harto de conspiraciones y subterfugios. Se le ocurre un

sitio al que poder ir. Sí, puede funcionar. Tal vez allí consiga un pueblo que lo adore.

Capítulo V

Algunos años después

Freyja se ha convertido en una masa informe. Las torturas han alejado todo rastro de su antigua belleza. La han desollado, quemado y apaleado, y sobre sus heridas los cadáveres de Hel han arrojado sal. Llevados por el viento, sus gritos han recorrido los pantanos de Helheim y, cuando los muertos los oyen, guardan silencio. Ninguno de ellos se atreve a cuestionar en voz alta las órdenes de su reina, pero en su interior se preguntan qué puede ser tan grave para que la prisionera merezca tal castigo.

El lugar en que se halla tampoco es digno de una de las diosas más importantes de Asgard. Se trata de una cabaña destartada fabricada con tablas de abedul por cuyas rendijas se cuela el aire frío del exterior y congela los huesos de Freyja hasta tal punto que la mantiene horas tiritando.

Una cadena gruesa rodea su cuello en un extremo y, en el otro, se clava en el suelo limitando su desplazamiento a un radio de apenas unos pasos. Sus músculos se hallan entumecidos por la falta de movimiento y durante las noches siente el dolor que le produce el frío en su cuerpo sin piel.

Con todo esto, lo que más sufre Freyja es la humillación de sentirse despreciada por su carcelera. Hel ni siquiera se ha dignado a visitarla en su presidio. Se ocupan de ella esos muertos repugnantes que la miran con compasión, lo que hace la tortura aún más insoportable.

Por eso, cuando se abre la puerta de la cabaña y ve recortada la silueta de la reina, Freyja no puede evitar cierto regocijo. Obtendrá la compensación de decirle a la cara todo lo que piensa de ella. Hel atraviesa la habitación, se acuclilla a su lado y observa con atención sus músculos despellejados. Se queda mirando su cabeza calva y sonríe.

—Tengo tu melena roja colgada en mi dormitorio —le dice—. Es lo último que veo al acostarme y lo primero al levantarme.

Freyja levanta la vista y sus miradas se encuentran.

—He visto esto antes —musita.

Hel frunce el ceño. No está segura de lo que la diosa quiere decir.

—¿Qué es lo que has visto antes?

—Los esclavos se mimetizan hasta tal punto con sus amos que asumen el odio de estos como si fuera el suyo propio.

—¿De qué estás hablando?

—Siempre nos hemos llevado bien tú y yo. Es con Odín con quien he tenido problemas. Sin embargo, aquí estás, haciéndole el trabajo. De esta forma, el tuerto se ahorra tener que dar explicaciones a los demás dioses.

Hel suelta una carcajada y Freyja la mira confusa.

—¿Crees que hago todo esto porque Odín me lo ha ordenado?

—¿Por qué lo harías si no?

—Por Elin.

—¿Quién es esa?

—No te hagas la tonta. No merecía lo que le hiciste.

—¿Qué se supone que le hice?

Tanto la parte muerta como la viva del rostro de Hel se crispan de furia. Una bofetada atraviesa la cara de Freyja y hace que su cuerpo se agite.

—No estás en condiciones de burlarte de mí.

—No me burlo. Es que no sé de lo que me estás hablando.

—¿Es posible que ni siquiera te acuerdes de ella? Me amaba y la castigaste porque no podías soportar que una humana de la nobleza mantuviera relaciones con un ser como yo. Todo el mundo sabe que las mujeres aristócratas te pertenecen por ley, pero podíamos haber llegado a un acuerdo.

Freyja cierra los ojos y se ríe por lo bajo. No puede creer lo que está sucediendo.

—¿Cuál fue el castigo? —pregunta.

—Sigues burlándote de mí. Ordenaré que te hiervan en aceite.

—Dime cuál fue el castigo, por favor.

Hel se queda pensando. La diosa ya debería conocer el castigo. Debe tratarse de una trampa.

—La cegaste y la privaste de su habla y de su oído.

Freyja suspira y niega con la cabeza.

—Y fue Loki quien la encontró y quien la trajo ante ti.

—Así es. Loki es mi padre, se preocupa por mí.

—A Loki no le importa más que Loki.

—Cuidado con lo que dices.

—Te contaré una historia.

»Hace cientos de años, Loki quería ser adorado como los demás dioses de Asgard. Los humanos le tenían por un ser taimado capaz de engañar a cualquiera. Era muy inteligente, pero nadie se tomaba la molestia de dedicarle ningún templo o altar.

»Pues bien, Loki emprendió un largo camino hacia el norte, donde los hielos son perpetuos, y encontró un pueblo que casi había olvidado a los viejos dioses. Se presentó ante ellos como su nueva deidad. El gran Loki, el todopoderoso, la nueva divinidad... Ya conoces su vanidad.

»Los humanos lo recibieron con cierta desconfianza, pero pronto, con unos cuantos trucos, se ganó su adoración y comenzaron a agasajarlo y adorarlo. De los pueblos vecinos, venía gente a verlo y a pedirle consejo. La fama de Loki de ser un dios bondadoso se extendió entre la gente y él estaba feliz.

»Un día, un niño de siete u ocho años construyó un muñeco de nieve. Coincidió que Loki

estaba de visita en su aldea y cuando pasó cerca de él seguido por su comitiva de adoradores, el niño le espetó en voz alta:

»—¿Eres Loki? ¿El que todo lo puede?

»—Así es, pequeño —respondió él pagado de sí mismo.

»—Mi mejor amigo se ha muerto de fiebres no hace mucho. ¿Podrías hacer que este muñeco de nieve se convierta en un niño? Así tendré un nuevo amigo.

»—No puedo hacer eso, pequeño —dijo Loki—, va contra las leyes de la naturaleza.

»Una mujer salió entonces al paso.

»—¿No puedes? Eres Loki, el que todo lo puede. ¿Qué te importan a ti las leyes de la naturaleza?

»Loki no sabía que decir, así que guardó silencio. Mientras, los humanos comenzaron a hacerse preguntas en voz alta: ¿de qué nos sirve un dios que solo recibe agasajos sin cumplir los deseos de sus fieles? ¿acaso no estábamos mejor antes, sin dioses?

»El ambiente se acabó enrareciendo y lo que antes eran alabanzas ahora se habían convertido en improperios. Los niños se burlaban de él y los adultos lo despreciaban. Loki se sentía humillado y enfadado.

»Un día llegó hasta una de las aldeas más apartadas, de las últimas que habían instaurado la adoración de su figura. Quería comprobar si hasta allí habían llegado las opiniones contra él. La alegría invadió su corazón cuando lo recibieron como antes lo hacía el resto de sus fieles. Lo sentaron en el lugar de honor en la sala de los banquetes, le trajeron los mejores platos y le sirvieron el vino y el hidromiel que quiso.

»Cuando ya todos se hallaban lo suficientemente borrachos, el jefe de la aldea tomó la palabra:

»—Tenemos aquí a nuestro gran dios Loki, el que todo lo puede. Nos sentimos honrados de que nos haya visitado, eso traerá buena pesca la próxima primavera y buena caza que nos servirá para comerciar con nuestras pieles.

»La gente aplaudía entusiasmada.

»—En respuesta, tenemos un regalo para ti, gran Loki. ¡Que entre!

»Loki sonreía expectante.

»Cuatro hombres fuertes hicieron su aparición en la sala de banquetes cargando una plataforma de madera sobre sus hombros. Se detuvieron frente a Loki y la depositaron en el suelo. Sobre ella solo había un pequeño charco de agua.

»Ahora Loki parecía confuso.

»—¿Qué quiere decir esto? —preguntó.

»—¿No te agrada, gran dios?

»—¿Agradarme? Ahí no hay nada.

»—Vamos, Loki, es la escultura más fiel que se ha fabricado nunca sobre tu figura.

»—No te entiendo.

»—Nuestro escultor, Gaulag, creó una fiel reproducción del gran dios en hielo, pero era tan fiel que, en cuanto le dio la luz del sol, como a ti, se ha quedado en nada.

»Las carcajadas resonaron en toda la sala. Los hombres reían mientras señalaban a Loki, al tiempo que las mujeres murmuraban por lo bajo estallando también en risotadas. Loki jamás se sintió tan humillado como en aquel momento.

»¿Sabes lo que hizo, pequeña Hel? Se levantó furioso de su trono y los castigó. Primero los ensordeció. Cuando los humanos se miraron los unos a los otros buscando explicación a lo sucedido, los cegó; y cuando sus gritos incomodaron los oídos de Loki, este apagó su voz.

»¿Te suena el castigo?

Hel no responde. Se queda mirando a Freyja durante un largo rato y luego simplemente musita:

—Mientes.

—¿Miento? Toda esta historia está escrita en una runa. Sé sincera, entre Loki y yo, ¿crees que soy yo la que miento? ¿qué sacó él a cambio de tu venganza?

Hel se levanta y se acerca a la puerta. No quiere creer lo que cuenta Freyja, pero muy en el fondo sabe que dice la verdad.

—Odín le entregó a la valquiria —murmura.

—¿Le dio a Mist? Hice todo lo posible para que Odín no se la vendiera. ¡Qué suerte que te tuviera a ti para enmendarlo!

Hel se da la vuelta y mira por última vez a Freyja. Se siente ridícula por haber gastado tanto tiempo vengándose de la persona equivocada. Desea ver muerto a Loki, muerto para siempre, borrado de la faz de la tierra; y sabe cómo hacerlo.

Me hallo en uno de los lugares más recónditos de Helheim, refugiado bajo unas rocas y calentándome las manos junto a una rala hoguera. Contemplo el paisaje que se extiende ante mí: un manto blanco que abarca todo aquello que alcanzan mis ojos. No se ve la luz del sol ni de día ni de noche, solo esta penumbra perenne que hunde mi ánimo y hace que no tenga fuerzas más que para echar nuevas ramas al fuego y acurrucarme entre mis pieles.

Veó cómo se acercan tres figuras en la lejanía. Dos hombres caminan delante con paso firme y por detrás de ellos, una mujer envuelta en un manto. Se aproximan sin prisa, mirando bien donde pisan. Hace tiempo que no viene nadie por estos parajes y podría agradecer algo de compañía, pero cuando puedo distinguir a la mujer, se me quitan las ganas de charlar.

Al cabo de un rato, los dos hombres llegan hasta mí. A ella aún le resta un poco. Se detienen y me observan con desprecio, como hacen con todos los muertos de Helheim. Sus nombres son Gaugalt y Ganglati y son los fieles esclavos de Hel, que es quien se acerca por el sendero nevado. A Gaugalt no lo había visto antes, pero Ganglati... ¡Cómo me hubiera gustado cortarle la cabeza en Snorri a ese cabrón tan habilidoso!

Ante ellos, hago un esfuerzo y me comporto con indiferencia. Simplemente cojo una ramita seca y la lanzo al fuego. Ni siquiera los miro, no quiero darles la satisfacción de que piensen que les respeto.

Hel llega a nuestra altura, me observa altiva y se sienta también al fuego. Me sorprende que lo haga, pero trato de que no se me note. ¿Qué querrá?

—¿Qué tal te va, Daven el Cuervo?

—Bastante bien, como puedes ver. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Diez años. ¿No echas de menos tu antigua vida?

Yo me encojo de hombros aparentando impasibilidad. ¿Diez años? Claro que la echo de menos, pero no pienso admitirlo. Sobre todo, añoro a Mist y me muero de ganas de preguntarle por ella.

—No sé dónde está —dice como si me leyera el pensamiento—. De eso quería hablarte.

La observo atentamente. ¿Qué está tramando? La mitad muerta de su cara apenas expresa ninguna emoción. Su ojo gris me mira como si yo no estuviera allí. Sin embargo, en su mitad viva, un fulgor intenso resalta en la mejilla y en la forma de su boca. Su ojo verde parece arder. Es odio lo que siente, de eso no hay duda.

—Estoy dispuesta a cambiar tu condena.

—¿Puedes hacer eso? —le pregunto y parece que se ofende.

—Por supuesto que puedo. Yo soy Hel, hija de Angrboda y Loki. Soberana de los muertos de los nueve mundos. Reina de las almas que mueren sin gloria: de vejez o de enfermedad, de accidente o de parto. Y tú eres una de esas almas sin gloria. Puedo imponerte el castigo que quiera.

¡Pero qué pomposa es la medio muerta! ¡Cómo me revienta!

—Bien —le digo—. ¿Cuál es mi nuevo castigo?

—Te condeno a vagar por el mundo buscando a tu amada Mist. Tu alma no descansará hasta que la encuentres. La valquiria se halla en poder de Loki. Tendrás que matarlo si quieres recuperarla.

—¿Y qué ocurrirá después? —le pregunto. Me mira con cara de sorpresa.

—¿Después?

—¿Tendremos que volver a este agujero?

—Por supuesto. Este es el hogar de las almas que mueren...

—Sí, sí... las almas que mueren sin gloria y todo eso... Pero está claro que quieres que me cargue a tu padre (no te juzgo, tus razones tendrás); sin embargo, no te voy a hacer ningún favor sin obtener nada a cambio.

La medio muerta se pone furiosa.

—¿Te atreves a establecer condiciones? ¡Soy tu reina!

Os diré una cosa acerca de Daven el Cuervo: me la sudan bastante las coronas.

—Si acabo con Loki, yo elegiré el lugar en el que viviré con Mist hasta el Ragnarok. Ese lugar no va a ser Helheim, te lo advierto. Esas son mis condiciones... Majestad.

La reina toma aire. Me mira como si quisiera matarme por tercera vez y luego desvía sus ojos hacia sus esclavos que parecen incómodos. No debe de gustarles nada ver a Hel claudicar.

—Está bien —dice al fin.

Entonces saca de debajo de su capa un odre arrugado y desata la cuerda que cubre la abertura. Después me lo cede. Yo lo cojo con cautela y me lo llevo a la nariz. Hiede a mierda de murciélago.

—¿Qué es? —pregunto.

—Es un bebedizo muy útil —responde—. Tiene el poder de despertarte.

—¿Despertarme? ¿Estoy dormido?

—Estás muerto, idiota. ¡Bebe!

—¡Obedece! —dice uno de los esclavos; en concreto el cabrón de Ganglati.

Me llevo el odre a los labios y trago intentando no respirar. Resulta que, además de oler a mierda, sabe a mierda. ¡Maldita sea, Mist, lo que me haces hacer!

—Suficiente —dice Hel—. Si bebes más, te quedarás idiota.

Aparto el bebedizo de mi boca y se lo devuelvo.

—¿Alguna pista de dónde está Loki? —le pregunto.

—No. Nadie en Asgard parece saberlo. Ha desaparecido con tu valquiria. Como si se los hubiera tragado la tierra.

Comienzo a sentir sueño. Para tener que despertarme, los párpados parece que pesan bastante. Me acurruco entre mis pieles y cierro los ojos. Oigo levantarse a la medio muerta y también cómo se alejan sus pasos, pero me da igual. El sueño se apodera de mí y no tardo mucho en empezar a roncar.

Despierto sentado en una piedra plana. Estoy rodeado de árboles altos y troncos robustos y, delante de mí, hay una fosa de fango. Debajo deben de estar enterrados nuestros cadáveres. El de Bjorn Tres Piernas también. Lo veo aparecer por un sendero que se asoma al este. Camina despacio, se sienta en un tronco frente a mí y me mira con desprecio.

—Estoy atrapado en este bosque por tu culpa, Daven el Cuervo.

En su mirada hay mucha tristeza. Mis decisiones lo han golpeado con toda su crudeza y aún no se ha recuperado.

Me pongo de pie y Tres Piernas se sorprende.

—¿Adónde vas?

—Lo siento, Bjorn, de veras que lo siento.

Es mentira, no lo siento. Cuando pienso en ese mastodonte follándose a mi chica, me convenzo de que he hecho lo correcto.

Me alejo de él, atravieso la espesura y me adentro en el terreno de pastos por el que paseé con Mist una década atrás. Ahora no se ve a nadie en cientos de yardas a la redonda. Ni siquiera está la posada de Alf Fulkerson.

Después de un buen rato andando observo en lontananza una columna de humo que asciende hacia el cielo. Me dirijo hacia allí a buen paso y cuando estoy lo suficientemente cerca, oigo unas voces que me ponen en alerta.

—¿Dónde tienes el oro? —dice un tipo.

Aparto unos matorrales y me encuentro en un llano en mitad de un bosquecillo de abedules. Hay una hoguera en el centro con ropajes que la alimentan y dos nórdicos echando más ropa de un baúl al fuego mientras un tercero amenaza con la punta de una espada el cuello de un hombre orondo arrodillado que ruega por su vida. El guerrero tiene la barba blanca, es calvo y lleva una larga trenza hasta la cintura. Lo conozco. Es Olson el Negro. Mala gente.

En un extremo del claro se halla una joven que parece paralizada mientras observa la escena. Tiene las manos apretadas sobre su pecho. Levanta la vista y se me queda mirando como si no entendiera qué hago allí. No dice nada, no me pide ayuda, simplemente se limita a observarme.

—O me dices dónde está el oro o quemamos todas tus cosas y después a vosotros —amenaza el vikingo de la espada.

—¡Eh! —grito.

Los dos hombres que alimentan el fuego con las ropas se detienen. Fruncen el ceño y sacan sus espadas. Yo desenvaino la mía que llevo al hombro y me preparo para el ataque.

—¿Quién coño eres tú? —pregunta el Negro. No me ha reconocido.

—Yo sé quién es —dice uno de sus hombres—. Es Daven el Cuervo. Lo vi en mi aldea hace años.

Olson el Negro fija su mirada en mi rostro y se acerca despacio con la espada en guardia.

—Es cierto —dice—. ¿Cómo es que no estás en el reino de los muertos? Caíste en el Bosque del Desfiladero.

—Ya ves —respondo.

—Saquemos juntos Dorestad —recuerda el Negro.

—Cierto.

—Únete a nosotros.

Yo le echo un vistazo al tipo que está arrodillado en el suelo, vestido con una túnica marrón y larga hasta los tobillos, que me devuelve la mirada con ojos suplicantes. En un extremo del claro la joven tiembla con los brazos recogidos entorno a su pecho.

—Si me conoces —digo—, deberías saber que yo solo peleo contra quien se puede defender.

—¡Qué tontería! —contesta el Negro—. Guardan oro en algún lugar y la muchacha está de

buen ver.

Niego con la cabeza y Olson se encoje de hombros. Luego flexiona las piernas y levanta la espada a la altura de su rostro. Yo hago lo mismo.

—Deberíamos dejar en paz a los muertos —musita uno de sus hombres, un joven de pelo rubio claro que me mira con miedo.

—Deberías hacer caso al chico —le advierto, pero el Negro no parece asustado.

—Soy viejo —responde—. Este es un lugar como cualquier otro para morir. Mejor que una cama, sin duda.

Se lanza sobre mí con su espada en alto y nuestros aceros chocan el uno contra el otro. Es fuerte y me cuesta resistir sus ataques. Golpea de nuevo y me hace retroceder.

—Si te envío de vuelta a tu bosque, me quedaré con tus poderes. Es lo que sucede cuando matas a un fantasma. Pregúntale a cualquier brujo.

Esta gente se cree cualquier cosa.

Grita con fuerza y me embiste como si fuera un toro. Yo lo esquivo y consigo soltar una estocada que le abre una herida en la corva derecha. El Negro se queja y se retira a un lado para mirarse la brecha sangrante. Entonces le toma el relevo uno de sus compinches. Nuestras espadas se encuentran en el aire y me defiende con destreza. Él avanza y yo retrocedo, luego soy yo quien avanza y él quien retrocede. Mientras, Olson se ha recuperado y me ataca de nuevo por mi flanco para no dejarme respirar. Su fuerza es descomunal y me cuesta más mantenerlo a raya. El chico también lanza estocadas tímidas desde la derecha. Se me enfrentan los tres al mismo tiempo y si no hago algo me veréis morir por tercera vez en esta historia.

Noto cómo mi espalda toca un tronco. Entonces, me lanzó con todas mis fuerzas contra el Negro, que se defiende interponiendo su acero al mío. Luego retrocedo y me resguardo tras el árbol con el que he chocado hace un instante para atacar inmediatamente por el otro lado al chico. Este, sorprendido, recibe mi espada en el esternón.

Me mira con sorpresa y luego baja sus ojos hacia la herida. No tengo tiempo de verlo morir, su compañero me hostiga rápidamente antes de que me recupere. Olson el Negro también llega a mi altura y tira sus espadazos contra mi hoja. Los choques hacen un ruido tremendo y casi no puedo creer que mi brazo esté resistiendo. Su segundo trata de pincharme mientras yo retrocedo. De pronto, choca con el cadáver del chico y se cae sobre mis piernas. Me toma tan por sorpresa que no me da tiempo a esquivarlo y caigo con él. El Negro aprovecha mi indefensión y me ataca desde su altura. Lo retengo como puedo desde el suelo y me escabullo como una comadreja. No comprendo por qué el otro no aprovecha para apuñalarme y, cuando por fin consigo ponerme de pie, averiguo la razón: al caer, su propia espada se le ha clavado bajo la barbilla atravesándole la cabeza. La punta sobresale de su cráneo y él se me ha quedado mirando muy fijo, como si tuviera algo que decirme. En fin...

Ahora estamos solos el Negro y yo. Es fuerte, pero también es viejo y grande y se le ve cansado. Sus golpes ya no tienen tanta energía como hace un rato y respira con dificultad.

Es mi momento. Me lanzo con todas mis fuerzas y ahora es él quien se defiende. Apenas le quedan ganas para interponer su espada contra la mía y da pequeños pasos hacia atrás mientras lo

hace. Vuelvo a golpear su hoja y en un descuido me agarra del cuello de mi sobrevesta. Trato de zafarme, pero me propina un cabezazo con todas las fuerzas que le quedan y salgo despedido a unos pasos. Por un momento, todo me da vueltas y temo que me voy a desmayar. Por suerte, mi vista deja de moverse y se queda quieta en el suelo. Cuando me recupero, veo al Negro arrodillado y usando su espada a modo de bastón. La otra mano la tiene en el pecho. Ni todo el aire del mundo parece llenar sus pulmones. Al mirarme con los ojos agónicos casi me da pena verlo.

—No puedo más, Cuervo —susurra.

No me lo puedo creer. La primera vez que me pasa. Un guerrero vikingo derrotado por agotamiento. ¿Y qué hago yo ahora? ¿Lo degüello como un matarife?

Y de repente me lo pone fácil. Sus ojos se vuelven hacia atrás, cae bocarriba en el suelo y deja de respirar. Así, sin más. ¿Os lo podéis creer? A Olson el Negro le da un ataque delante de mis ojos.

Contemplo los tres cadáveres a mi alrededor y se me ocurre que quizá sea el combate más raro que he disputado nunca.

—Bueno, pues ya está —dice el tipo que hace un momento estaba arrodillado y suplicando por su vida. Se ha puesto de pie y se acerca al Negro como si tal cosa. Entonces, dibuja con su mano una cruz sobre su cara y se dirige hacia los demás para hacer lo mismo.

—Descansa en la paz de Dios, hermano —va repitiendo ante cada uno de los muertos.

—¿Hermano? —replico sorprendido.

—Todos somos hermanos —me responde y regresa al fuego.

Lo sigo y me siento frente a él totalmente confundido. Luego observo a la muchacha que ni dice ni hace nada.

—Vamos, ven y siéntate con nosotros —le ordena el hombre. La joven lo obedece. Se sienta entre él y yo y se sirve el vino que el tipo de la túnica está calentando en la hoguera.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—No puede responderte —dice el viejo—. Es muda. Está asustada porque aún no confía demasiado en Dios. Su nombre es Agnes y es mi sobrina. Yo me llamo Willibrord.

Ya, su sobrina.

—¿Cuál es tu dios?

—Mi dios es el único dios. Es Jesucristo y murió por nuestros pecados.

—¿Un dios muerto? Hmmm...

Echo un trago al vino caliente. Prefiero el hidromiel, pero este no está malo.

—¡No está muerto! —exclama indignado—. Resucitó al tercer día. Sigue muy vivo entre nosotros.

—¿Y dónde está ahora?

—Por todas partes.

Contemplo el claro en el que estamos, pero no noto que allí haya nadie más.

—Reina en los cielos —aclara el viejo.

—¡Ah! Como Odín en Asgard y Hel en Helheim.

—Exacto, solo que Odín, Asgard y Helheim no son más que cuentos. Yo te hablo de algo muy real, hermano.

—Ya.

Willibrord bosteza. Parece que el vino le ha sentado bien y ha debido contar tantas veces la misma historia del dios muerto y vivo a la vez que se está quedando dormido. Y a mí me ha dado dolor de cabeza. El tipo cierra los ojos y yo me fijo en la muchacha. Sigue temblando, así que le acaricio suavemente el envés de la mano para infundirle ánimos. Ella sonríe tímidamente. Está muerta de miedo. Si consigo consolarla, quizá podamos echar un polvo cuando el viejo se duerma del todo.

¿Qué? ¿Por qué me miráis con esa cara? No me he olvidado de Mist, pero ya oísteis a la medio muerta: han pasado diez años. ¡Diez años! Tampoco le voy a exigir a mi rubia que me sea fiel durante tanto tiempo, me conformo con que se acuerde de mí cuando la encuentre. Cuando alguno de vosotros se pase una década sin follar, aceptaré vuestras lecciones de moral.

—Al final no ha servido de nada todo lo que he hecho —dice Odín, pero no parece enfadado, más bien habla como si simplemente describiera una realidad indiscutible.

El dios está de espaldas contemplando el horizonte por uno de los ventanales de su fortaleza de Asgard. Freyja se mueve por el salón, ambos están solos.

—Debería levantar a mis valquirias contra ti, maldito tuerto. A ver cuántos de tus guerreros te serían fieles.

Odín no se inmuta ante la amenaza.

—Puedes intentarlo si quieres. Nada de lo que hagas podrá cambiar lo que se avecina.

—¿De qué hablas?

—La profecía se va a cumplir. Uno de esos sacerdotes del crucificado ha llegado a nuestras tierras. Tres bandidos se interpusieron en su camino y creí que el destino podría sonreírnos. Sin embargo, ese maldito Daven se ha cruzado con ellos y ha salvado al sacerdote. Pensé que estaba en Helheim, pero no es así. Ya no controlo nada. Es el final. Pronto todos empezarán a escuchar las nuevas enseñanzas y se olvidarán de nosotros.

—O sea, que al final ese descerebrado es la causa de que todo acabe —dice Freyja.

—Eso parece.

—¡Mírame!

A Odín lo sobresalta el grito de la diosa. Se vuelve y observa la masa de carne sin piel cuyos ojos, que parecen salirse de sus órbitas, lo miran con odio.

—Esto es lo que me has hecho. ¡Para nada!

Freyja pone los brazos en cruz y deja que Odín contemple su cuerpo desnudo y sanguinolento. Una mezcla de repulsión y compasión asoma en la expresión del dios. Este se da de nuevo la vuelta y pierde su mirada en el horizonte.

—Lo siento —murmura.